



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Vista tomada desde Abeokuta, según fotografía del Rdo. Courdiox. (Pág. 38).

tomas y la marcha fatal de esta implacable enfermedad, que tantos hijos queridos le había arrebatado. Conoció, pues, que se acercaba su fin; llamó en torno de su lecho á todos sus compañeros de apostolado, y conmovido hasta el fondo del alma pidió perdón á cada uno por los malos ejemplos que hubiese podido darles. Recibió en seguida los últimos Sacramentos en medio de las lágrimas y sollozos de su familia espiritual y de sus amigos de la ciudad. Después bendijo á los intrépidos misioneros que compartían sus fatigas y á quienes llamaba «hijos de mi corazón», á los ausentes y á los presentes, á cada una de las estaciones de su vicariato y á todos sus bienhechores. Por último renovó el sacrificio de su vida, ya tantas veces ofrecido, por la conversión de la Nigrícia. En los intervalos de los accesos hizo recomendaciones supremas, nombrando afectuosamente á las personas á quienes había conocido. Al cabo de pocos momentos perdió la palabra. A las diez de la noche arrojó sangre en abundancia, y luego se durmió apaciblemente en el Señor.»

«Toda la noche, dice la carta que ha traído tan tristes noticias, oyéronse lamentos en Karthum: católicos, cismáticos, musulmanes, todos lloraban la muerte del «Obispo de los negros.»

«El 11 de Octubre se celebraron los funerales del ilustre difunto, á los que asistieron el gobernador general, los cónsules con uniforme y todas las autoridades de la ciudad, tributando los honores fúnebres dos piquetes de tropa. Terminados los responsos, los restos mortales del Ilmo. Comboni fueron depositados en la capilla mortuoria donde se dió sepultura al P. Maximiliano Ryllo, de la Compañía de Jesús, primer pro-vicario apostólico de la Nigrícia (1846-1848).»

Así ha muerto, en todo el vigor de la edad, prematuramente gastado por excesivas fatigas y por los ardores del clima, el primer Vicario apostólico del Africa central. La

vida del gran Obispo es bien conocida de nuestros lectores por las cartas y noticias históricas que de él hemos publicado. Nos limitaremos, pues, á recordar las fechas principales de su vida, tan llena de méritos.

El Ilmo. Daniel Comboni nació en Limona de San Juan (diócesis de Brescia) el 15 de Marzo de 1831. Educado en el Instituto del P. Mazza en Verona, preparóse para el sacerdocio, primero con el intento de consagrarse á las peligrosas Misiones del Japon; pero en 1849 un misionero del Africa central, de paso en Verona, hizo del estado religioso de Nigrícia tan lastimosa pintura, que el joven seminarista resolvió consagrar su existencia entera á la evangelización de la posteridad maldita de Cam. Efectivamente, ocho años más tarde le encontramos á orillas del Nilo blanco: las mortíferas fiebres del Ecuador, que ya habían arrebatado á veinte y dos misioneros, le pusieron diferentes veces al borde del sepulcro.

Instruido por propia experiencia de la necesidad de preparar por una aclimatación progresiva á los misioneros de la Nigrícia, el Ilmo. Comboni fundó en 1867 dos establecimientos en el Cairo para sus auxiliares. Anteriormente había creado en Verona dos institutos para facilitar el reclutamiento de sacerdotes y religiosas indispensables para su Misión.

El 21 de Mayo de 1872 fué nombrado pro-vicario del Africa central. En esta época empieza la prosperidad de la Misión, que, fundada en 1846, hasta entonces, á lo que parece, había causado la muerte de más operarios apostólicos que neófitos dió á la Iglesia. Fundáronse las estaciones del Kordofan, del Djebel-Nubas y de Berber, ensanchóse la de Karthum, y el Prelado preparaba nuevas conquistas cuando le ha sorprendido la muerte. Desde 31 de Julio de 1877 el Ilmo. Comboni era obispo de Claudiópolis «in partibus» y vicario apostólico del Africa central.



## IDEA GENERAL DE LOS TRABAJOS DEL APOSTOLADO CATÓLICO.

## I.

**P**ARA un observador superficial nuestra vieja Europa parece que quiere sustraerse á la accion de Jesucristo, y los pueblos que en otro tiempo componian la vanguardia de la Iglesia se muestran recelosos de su influencia. Y no obstante, á pesar del mal que se agita en la superficie, nunca la caridad se multiplicó más ingeniosa y más activa. Para no hablar sino de la *Obra de la propagacion de la fe*, cuando se ve el oro del rico unirse en conmovedora fraternidad al óbolo del pobre, y se presencia cómo nuestros bienhechores responden á cada llamamiento del apostolado, puede repetirse con el corazon lleno de esperanza esta sentencia evangélica que ilumina el porvenir: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»

Bajo la accion soberana y prudente del Papado, durante el año que acaba de terminar las naciones protestantes y cismáticas han dado á la Iglesia más lata libertad, lo único que pide á los poderes de la tierra. La Gran Bretaña deja caer cada vez más en desuso las leyes represivas, honra y escucha á su Episcopado, presta en sus colonias generosa proteccion á los sacerdotes católicos y los admite en el séquito de sus exploradores. ¡Quiera el Señor que la *Isla de los Santos* ponga en breve su oro y su genio al servicio de la verdad! Suiza ve caer de día en día los últimos restos de un cisma que afligió á la Iglesia, y los verdaderos Pastores vuelven á tomar posesion de sus templos con aplauso de los fieles. En los puntos en que sacerdotes rebeldes continúan predicando en las iglesias desiertas, el pueblo acude en masa á las granjas en donde se inmola la sagrada Víctima.

En los países del Norte empiezan á desvanecerse las hasta ahora invencibles prevenciones. Recientemente en Suecia, Noruega y Dinamarca, el Ilmo. Mermillod, el valiente vicario apostólico de Ginebra, reunió en torno suyo numerosos y distinguidos auditorios, y en el momento en que el protestantismo apenas si se atreve á afirmar la divinidad de Jesucristo, anunció á aquellas asambleas respetuosas y atentas la gran mision de la Iglesia católica.

Las esperanzas que el año último concebimos respecto de Alemania están en vísperas de realizarse. El Catolicismo perseguido recobra su legítima preponderancia; sus más autorizados representantes, enviados al Parlamento por el voto popular, proclaman la alianza de la fuerza y del derecho, y tal vez no esté lejano el día en que la Iglesia y el Estado reconciliados vean á los obispos perseguidos guiar de nuevo un clero y un pueblo rejuvenecidos por la prueba.

Y ¿no ha de sernos permitido esperar que tambien Rusia escuche la voz de Leon XIII, y que Polonia vuelva á ver á sus heroicos sacerdotes, trayendo de Siberia una influencia acrecentada con el prestigio que dan el martirio y las persecuciones?

Terminamos esta rápida ojeada sobre Europa haciendo constar que hasta en Constantinopla se honra la Cruz. El Sultán, conmovido por los testimonios de fidelidad que le han prodigado sus súbditos católicos durante las últimas crisis políticas, les ha demostrado en diferentes

ocasiones su soberana satisfaccion, y cuando el Sumo Pontífice llamó á su lado al patriarca Hassun, promovido al cardenalato, Abdul-Hamid reconoció y colmó de honores á su egregio sucesor, el Ilmo. Azarian. Al presente está terminado el nuevo cisma de la comunión armenia, habiendo vuelto al redil obispos, sacerdotes y fieles, todos los cuales reconocen la supremacía del Obispo de Roma. ¡Ojalá que todas las Iglesias orientales sigan este ejemplo, escuchen la voz del Pastor supremo, y que el pueblo de los Basilio, de los Gregorios y de los Crisóstomos realice pronto la divisa de Jesucristo: Un solo baño y un solo Pastor!

## II.

En Asia la vida apostólica ha sido ardiente y generosa. El noble y dulce Pontífice que gobierna la Iglesia ha tendido una mirada de solicitud sobre este Oriente de donde nos vino la luz; ha hecho oír una voz llena de ternura á aquellos pueblos adormecidos por el cisma, y se han visto correr legiones de apóstoles hácia armenia y la Siria. En todas partes se organizan allí Misiones y se fundan escuelas: en Berito (ó sea Beyruth) se ha establecido una universidad, y en Damasco, Alepo, Zalé, Saida y Bikfaia distintas residencias y clases, y bajo la poderosa accion de las tres grandes Ordenes religiosas, secundadas por los Hermanos de las Escuelas cristianas, puede esperarse que ha sonado ya la hora de la misericordia para aquellos países tan ricos en grandes recuerdos.

La Persia continúa dándonos consuelos. No há mucho el Ilmo. Cluzel en una conmovedora carta solicitaba la caridad de los bienhechores de la *Obra de la propagacion de la fe*, y como recompensa de nuestras limosnas nos mostraba la sazónada miés. Gran número de catecúmenos han preferido morir á consecuencia del hambre y de la guerra, antes que deber á los protestantes una existencia deshonrada.

En el extremo Oriente se advierte la misma actividad. En el Japon continúan las conversiones, y el Gobierno no es ya hostil, y aún á veces se muestra favorable. Sin embargo, todavía no están abolidas las leyes contra el Cristianismo, y por la denuncia de un bonzo cierto tribunal japonés acaba de aplicarlas á un padre de familia que no permitió enterrasen segun los ritos budhistas á una hija suya que murió cristiana. El padre ha sido castigado con una multa, y el cadáver desenterrado y conducido á la pagoda.

En Corea parece está á punto de realizarse una importante transformacion política, y el partido de las reformas, fuerte con el apoyo del Gobierno, va ganando terreno. Pronto se abrirá un tercer puerto á los japoneses: muchos coreanos van ya al Japon á estudiar las artes y la industria de Europa, y en Seul un centenar de soldados hacen el ejercicio á la europea bajo el mando de oficiales japoneses: todo, pues, parece estar en sazón para la apertura del país. ¡Lástima que nadie se apresure á aprovechar esta ocasion propicia! Ningun buque europeo ha parecido aún en las aguas de Corea, procurando entrar en relaciones con el Gobierno. Por lo que respecta á los cristianos, gozan de bastante tranquilidad: un misionero que cayó casualmente en poder de los satélites, despues de una detencion que duró tres días fué puesto en libertad con dos catequistas por orden del



bernador de la provincia. Creemos, por lo tanto, que llegará pronto el día en que el apóstol de la Corea, ilustrísimo Ridel, vuelva á su Iglesia pacificada.

En China la situación es siempre la misma. El imperio del Centro ha experimentado la influencia de Europa; así es que no se ha tomado ninguna medida violenta contra los misioneros; pero los mandarines y letrados multiplican los obstáculos, y el pueblo tímido no se atreve á seguir el impulso de su conciencia y de su corazón. El día en que se conceda entera libertad al Evangelio, recogeremos abundantísima mies en el campo regado con la sangre de tantos mártires.

Una carta del Tong-king nos anuncia que un terrible tifón ha destruido 200 iglesias, 34 casas parroquiales y el colegio de la Misión, derribando 2,000 casas de cristianos y arruinando 60,000 neófitos. Respecto á la Misión del Laos, continúa ofreciendo grandes esperanzas y se anuncian numerosas conversiones; pero como si Dios quisiese constantemente mezclar el merecimiento al triunfo, la fiebre ataca á los misioneros y al clero indígena. Hoy sólo quedan dos apóstoles en la brecha, aguardando nuevos combatientes. Esos gloriosos vacíos no tardarán en llenarse, pues en medio de las tristezas de Europa en todas las Congregaciones de misioneros hay numerosas y ardientes vocaciones.

El Asia, en una palabra, se presta dócil á la voz de Jesucristo. En aquel vasto continente muchas pruebas dificultan todavía la acción del misionero. Aunque el hambre no se encarnice con tanta intensidad, hay que sostener muchos huérfanos y aliviar á los indigentes. Y mientras que el ministro protestante se ofrece con sus riquezas, nuestros sacerdotes sólo pueden compartir su pobreza. Esta es la razón por que tienden la mano á los generosos católicos. Como en tiempo de san Pablo hay que «hacer la verdad por la caridad.»

### III.

El Africa, objeto de las ardientes investigaciones de los exploradores y de los sabios, está surcada en todos sentidos por los mensajeros de la buena nueva. El año último hicimos ya mención de los Padres de la Compañía de Jesús, animosos apóstoles de los Gallas; de los Oblatos, de los Lazaristas, de los misioneros del Espíritu Santo y de las sociedades más recientes, pero no menos intrépidas, de los sacerdotes de las Misiones africanas de Argelia. Todos van con santa emulación á la conquista de las almas, mientras que los Trapenses enseñan á los indígenas el trabajo y la oración. En 1881 la actividad apostólica ha ganado terreno, y nuestros misioneros adelantan con los Sres. Stanley, de Brazza y Balay.

Citemos algunos de los hechos que patentizan la acción de la Iglesia. Mientras que el Ilmo. Taurin, continuador de la obra de su venerable predecesor el ilustrísimo Massaja, penetra de nuevo en medio de aquellas poblaciones gallas de las que le desterró el celoso furor de Ati-Juan, la Abisinia, tras una crisis que amenazaba ser sangrienta, ve acrecer aún más la influencia de los misioneros. Como dice muy bien el Ilmo. Tauvier: «Dios, que tiene en sus manos el corazón de los reyes, ha convertido en favor nuestro el de aquel fanático Soberano: irritado contra nuestros perseguidores, ha hecho que se nos devolviesen los bienes y la libertad.»

La contradicción, que pone á prueba todas las grandes causas, no debía perdonar á los misioneros del Africa ni á los Padres Jesuitas del Zambese. Una carta elocuente del eminente Arzobispo de Argelia acaba de darnos la historia completa de esta joven familia religiosa, mostrándonosla, al día siguiente de su creación, á orillas del Nyanza y del Tanganika, dueños ya de cuatro pro-vicariatos apostólicos. Tres misioneros acaban de ser inmolados por los negros á quienes iban á llevar la civilización y la verdadera libertad. Pero la voz de su sangre ha subido hasta el cielo, y ya nuevos apóstoles llenan los vacíos causados por el martirio.

Los Padres Jesuitas del Zambese también decidieron la fundación de cuatro estaciones, y han partido diferentes caravanas á las órdenes del P. Depelchin. En breve daremos el conmovedor relato de este viaje. Bástenos decir por hoy que los heroicos religiosos realizan la ardiente palabra de san Pablo: «Nada me separará de la caridad de Jesucristo, ni el hambre, ni la persecución, ni la tribulación, ni la muerte.»

Tal parece fué la divisa del simpático vicario apostólico del Africa central, el Ilmo. Comboni. Todos los que tuvieron la dicha de tratar al venerable Obispo saben cuán guande era su caridad por las almas y su amor á Jesucristo. Fundador del Instituto de Verona, podía prometerse brillantes resultados después de los primeros contratiempos. Dios le llamó para sí casi súbitamente y en toda la fuerza de la edad. Como Elías, deja su manto á sus hijos y rogará por su querida Misión, que su celo encontraba harto reducida.

Hablando de nuestras pruebas, tenemos que consignar la aparición de la fiebre amarilla en el Senegal, que ha causado numerosas víctimas entre los europeos, y los misioneros y Hermanas, siempre en peligro, han pagado cruel tributo al azote. El Señor, en recompensa de la abnegación de sus apóstoles, ha concedido á la mayoría de los enfermos la gracia de morir con los auxilios de la Religión, y las poblaciones negras, entregadas al mahometismo ó al fetichismo, ven disiparse poco á poco sus prevenciones y desean la presencia entre ellos de los sacerdotes de Jesucristo.

Después de nuestras tristezas saludemos nuestros gozos y esperanzas. En el vicariato de las Dos-Guineas, el primero instituido desde el restablecimiento de las Misiones de la costa occidental de Africa, surge una floreciente cristiandad de 4,000 fieles allí donde antes no se veía un solo neófito. Los recientes descubrimientos del Sr. de Brazza en el alto Ogowé han abierto el camino á los operarios evangélicos, y en todas partes se les llama para cuidar á los enfermos é instruir á los niños. Los antiguos discípulos de la Misión, hoy apóstoles á su vez, son los mejores auxiliares de los Padres del Espíritu Santo, y el mismo rey Félix se hace institutor de sus pueblos.

El Congo, cuya iglesia antes floreciente sólo presentaba ruinas después de la supresión de las Ordenes religiosas, empieza á restablecerse. En Landana, Loango, San Antonio de Sogno y Mboma se han fundado establecimientos, y un misionero acaba de remontar el gran río del Congo para ir á abrir una estación en Stanley-Pool. Los indígenas por su parte no han perdido el recuerdo de los religiosos que en otro tiempo les evange-



lizaron, y los restos de las iglesias y conventos son objeto de su veneracion. Así por todas partes los Padres son recibidos con entusiasmo.

La misma excelente disposicion se encuentra en Cimbabasia, en donde una fundacion reciente, emprendida por el P. Duparquet, servirá para el desarrollo del apostolado. Hasta el presente los misioneros, para penetrar en esta comarca, debian pasar por el Cabo de Buena-Esperanza y hacer largo trayecto en carros á través de llanuras desiertas. Desde la colonia portuguesa de Angola, por el contrario, el camino es corto y facilísimo. El Gobierno de Lisboa, nos complacemos en manifestarlo en su honor, no sólo ha concedido un vasto terreno, si que además otorga generoso pasaje en sus buques á los misioneros. Todo, pues, promete para la Iglesia un próspero porvenir en aquellos países en los que se nos habian anticipado los predicantes del protestantismo.

No olvidemos, en esta rápida nomenclatura, los Padres de las Misiones africanas de Lyon, que en las costas de Africa ven á los negros ávidos de escuchar la palabra divina; y al abandonar el misterioso continente saludamos la cristiandad modelo de Nuestra Señora de Bagamoyo, semillero de muchas poblaciones católicas. Gran número de viajeros, despues de visitar este establecimiento, no han podido menos de tributar un homenaje de admiracion á la abnegacion y actividad de los misioneros que lo fundaron.

#### IV.

No mencionaremos sino de paso la América, en donde la Iglesia prosigue el pacífico curso de sus gloriosos destinos. Cada dia créanse allí nuevas diócesis, y en la gran república de los Estados-Unidos el Catolicismo se desarrolla y lucha con éxito contra la influencia protestante.

La Oceania nos ofrece los mismos consuelos. En Nueva-Zelandia el movimiento religioso se va acentuando cada vez más, y el Ilmo. Redwood, obispo de Wellington, al regresar á su diócesis pudo atestiguar por sí mismo que Dios recompensa cumplidamente los esfuerzos de sus cuarenta misioneros.

La visita pastoral del Ilmo. Lamaze, en la Oceania central, fué un verdadero triunfo. En todas partes el Obispo de Olimpia recibió los homenajes de los pueblos, y los protestantes se les unieron en esas demostraciones de respeto. En Tonga especialmente se despertó viva simpatía en favor del Catolicismo, y los wesleyanos son ya sospechosos en la Corte del rey Jorge. ¿No sería esto el

anuncio de la hora de la gracia para aquel pueblo? Esperemos y oremos.

El vicariato apostólico de Nueva-Caledonia continúa, por una parte, luchando con dificultades sin cesar renacientes, y por otra extendiendo más y más el reino de Dios. La reunion á las islas Belep de las tribus paganas, sometidas despues de la insurreccion canaka, ha proporcionado ya la salvacion á gran número de almas.

Por último, en la mayor parte de las islas del Pacífico misioneros pertenecientes á todas las familias religiosas, sobre todo á la más antigua de los Sagrados Corazones, predicán y hacen amar á Jesucristo y á su Iglesia.

El cuadro que acabamos de bosquejar á vuelapluma demuestra la vida siempre divina de la Iglesia. Sociedad establecida por Dios en la tierra, lleva en su frente la

aureola de los sufrimientos y del martirio; pero los contratiempos no logran sino rejuvenecer sus santas ambiciones, y la mano del Señor parece, hoy más que nunca, agitar el mundo en un gran designio de misericordia.

Pero, que no lo olviden nuestros lectores, en sus cartas nuestros misioneros insisten á cada paso en que les faltan recursos.

«Sus demandas serán atendidas, dirémos con un eminente Obispo: nos atrevemos á esperarlo así á pesar de los desdichados tiempos que atravesamos y de las necesidades á que debemos atender. La fe mostrará fácilmente á los cristianos cuán propicia ocasion se les ofrece de expiar tantas infidelidades y tantos crímenes, y de atraer sobre

bre sí y sobre su patria las bendiciones y el perdón de Dios.

«Oirán la suprema voz del Vicario de Jesucristo, de nuestro santísimo Padre Leon XIII, que acaba de recordarles sus deberes para con los pueblos infieles en su magnífica Encíclica. No es únicamente á los apóstoles á quienes Dios llama para correr en pos de la oveja perdida. Está escrito que Él dió á cada uno de nosotros el encargo de sacar á su hermano de las tinieblas de la muerte. El misionero lo abandona todo y ofrece su vida. Los fieles, á quienes retienen otros lazos, cooperan con su oracion y su limosna, segun sus medios. Si no lo hacen así faltan á un sagrado deber, porque si dar al cuerpo hambriento el pan material es una estrecha obligacion de la caridad, no es menos grande obligacion proporcionar al alma que muere el pan de la verdad y de la vida



EMMO. MIECISLAO LEDOCHOWSKI,  
cardenal-arzobispo de Posen. (Pág. 40).



## ANAM.

Recomendamos con todo encarecimiento á nuestros suscritores la lectura de la siguiente carta que nos envia para su publicacion el muy reverendo P. Fr. Francisco B. Herce, rector del Colegio de Santo Tomás, de Avila. La catástrofe de que da cuenta, la espantosa mortandad y las desdichas consiguientes no pueden compararse con ninguna de las inundaciones ni desgracias ocurridas en Europa en nuestros días y que nos refirieron los periódicos. Y si la publicidad que á estas se les ha dado, ha sido gran parte para remediarlas en lo posible, excitando los sentimientos caritativos y humanitarios de muchos que han contribuido con cuantiosos donativos para las victimas, esperamos que todavía se hallarán corazones generosos y cristianos que, al contemplar el triste cuadro que hoy ofrece la Mision del Tong-king central á cargo de los Padres Dominicos, se apresurarán á socorrer con largueza á aquellos afligidos cristianos.—Dice así la

*Carta del Ilmo. Fr. Manuel Riaño, vicario apostólico del Tong-king central, al M. Rdo. P. Fr. Francisco B. Herce.*

Octubre de 1881.

**C**ON el corazon rasgado de dolor y lleno de amargura tomo la pluma para referirle la especie de cataclismo con que Dios nuestro Señor acaba de visitar este Vicariato del Tong-king central en castigo de nuestros pecados, pero sin duda con el fin de corregirnos, como padre que se ve obligado á castigar á sus hijos para sacar mayores bienes espirituales de los males corporales que nos afligen al presente y que nos esperan en el porvenir.

El día 5 de este mes sopló toda la mañana un fuerte viento Norte acompañado de una copiosa lluvia, mas al medio día fué aumentando de un modo sorprendente, y no tardó en convertirse en una horrenda tempestad que parecía agitada por las furias del averno. Hasta las once de la noche se prolongó aquella pavorosa borrasca que parecía querer arrasarlo todo, y en nueve ó diez horas que duró la fuerza del espantoso torbellino la vida de centenares de miles de almas estuvo como pendiente de un hilo, y como luchando en las agonías de la muerte. ¿Quién podrá, no diré ponderar, pero ni aun delinear las angustias y zozobras que atormentaron el corazon de tantos miles de hombres en aquellas largas horas de terror y espanto? Los padres veían á los frutos de sus entrañas próximos á sucumbir de un momento á otro con una muerte desastrosa, y los hijos contemplaban á los que les dieron el sér en el mismo inminente peligro: hermanos, parientes y amigos veíanse mutuamente expuestos á ser victimas de una muerte cruel, sepultados

bajo los escombros de los edificios que continuamente se derrumbaban con horroroso estruendo, ó sumergidos en las aguas que todo lo invadieron é inundaron hasta una altura considerable, sin tener donde acogerse y sin poder auxiliarse unos á otros. ¿Quién podrá sin llenarse de horror enumerar las victimas causadas por aquella desencadenada tormenta, los estragos hechos en las plantas y arrozales, y sobre todo la ruina de los edificios?

Aspecto doloroso en sumo grado habria ofrecido todo este Vicariato el día 6 del actual á quien lo hubiese podido contemplar todo de un golpe de vista: la mayor parte de él cubierto por las aguas: cerca de 20,000 cadáveres de hombres y mujeres, flotando unos sobre las aguas, y otros tendidos en tierra (1); una infinidad de carabaos y otros animales domésticos ahogados; el ajuar de pueblos enteros diseminado por todas partes; corpulentos árboles, hasta de más de un metro de diámetro, arrancados de raíz ó tronchados; muchos barquichuelos destrozados y llevados á merced de las corrientes; y sobre todo la mitad ó más de los edificios arrasados, y los demás medio arruinados ó considerablemente deteriorados; y por último, como consecuencia de tantas desgracias cerca de cuatro millones de almas, las unas derramando dolorosas lágrimas por sus padres, hijos, hermanos ú otros alle-

gados, á quienes en aquella noche de infausta memoria les arrebataron los vientos y las aguas para trasladarlos á la eternidad; y otros lamentando la pérdida de la pequeña fortuna en que cifraban todo su porvenir, sin saber á dónde volver los ojos para encontrar algun motivo de consuelo.

Exageracion poética parecerá tal vez todo esto; pero ¿es cierto que este triste cuadro, lleno de tantas y tan oscuras sombras, está en todo conforme con la realidad del original? Sean testimonio de la verdad de cuanto precede algunos párrafos de las cartas de los misioneros; hablen ellos y no yo; pero antes séame lícito decir dos palabras sobre la construccion especial de los edificios de este país, para que más fácilmente se comprendan algunos términos usados en las mencionadas cartas.

(1) Según el censo hecho por los ministros de los mandarines, el número de difuntos pasa de 30,000; pero creo que esto es exagerado.



KORDOFAN (*Africa central*).—Interior de la iglesia de El-Obeid. (Pág. 42).



1.º Los edificios tunquinos se componen de pequeñas columnas de madera y cañas, cubiertos con una especie de juncos, y muy raros son los que están cubiertos de teja: se construyen sobre un pavimento de tierra elevado dos, tres y hasta cuatro palmos: de lo contrario apenas lloviese una hora todo estaría inundado por lo bajo é igual del terreno.

2.º No tienen más piso que el colocado sobre dicho pavimento, por lo que necesariamente se han de multiplicar el número de edificios.

3.º En una misma casa hay varias divisiones, y segun la costumbre anamita, cada division se llama *casa*; así es que en cada una de nuestras residencias hay seis, ocho, diez ó más casas segun la necesidad.

4.º Se llama casa principal la habitada por el jefe de la familia.

5.º El espacio contenido entre columna y columna, cubierto con un tabique de tierra y cañas, se llama *yan*.

6.º Hablando de iglesias se suele hacer mencion de iglesias colaterales: estas no las hay regularmente sino donde el misionero tiene residencia, y suelen ser dos, una á cada lado de la iglesia principal; mas no por esto se dice que hay tres iglesias, sino que las tres componen una.

7.º Transversal á la fachada de la iglesia suele haber un edificio que lleva el nombre de *nba quan cu* (1).

Esto supuesto, demos principio por los distritos del Norte, y oigamos lo que de Ngaoc-Duong escribia el P. Oñate el día 6:

«¿Qué tal han salido V. S. I. y los demás de la pasada tormenta? Por aquí hemos quedado todos en la mayor consternacion y ruina. Envio á Toan y Lun (2) á dar cuenta de los estragos del váguio, y ver si pueden traer abundancia de cañas y madera. En esta casa no hemos tenido avería, como tampoco en la principal; la de los estudiantes y otra del lado de poniente que se acaba de hacer, tambien se han salvado, aunque en estas han venido á tierra algunas ventanas y paredes: todas las demás casas se han caido (3). En el Beaterio sólo queda una que se acaba de hacer: en el pueblo son pocas las que permanecen en pié: la iglesia se halla en estado amenazador y próxima á caerse: una gran parte del arroz y maíz, como tambien los cerdos y gallinas, han sido llevados por las aguas. En fin, casi todos hemos perdido cuanto teníamos. De los demás puntos aún no tengo noticia alguna, pero es de suponer que en todas partes han padecido mucho, porque la cosa ha sido tremenda. Desgracias personales, gracias á Dios, no las ha habido en este pueblo: afortunadamente las aguas de la inundacion han bajado mucho; de lo contrario creo hubiera muerto mucha gente.»

El día 11 escribia el mismo P. Oñate: «Siento en el alma los estragos que ha causado el váguio por esas partes: nosotros creíamos que por ahí no habrían sido de consideracion por haber apretado aquí tan recientemente; pero por desgracia nos equivocamos. Sea todo por Dios. Ya tengo noticia de todo el partido, y no ha muerto más que una anciana en Sien Coc. Todas las casas que habia para los catequistas y para enseñar la doctrina han quedado derruidas; de las iglesias sólo se han

salvado siete (1), y aún estas con algunos desperfectos. Hay pueblos como Minch-Chau, Luc-Dien, Canh-Lam y otros varios especialmente de los recién convertidos, en que no ha quedado en pié ni una sola casa de cristianos. Ya le habrá escrito á V. S. I. el P. Thong las desgracias de Tien-Chu y Vien-Tieu: ayer mandé dos catequistas á visitarle y consolarle, y por aquel trecho no se puede pasar por el camino que hay encima del dique: los cadáveres de carabaos y cerdos nadan sobre las aguas y todo está corrompido; nadie se atreve á enterrarlos, de modo que es peligroso se desarrolle alguna epidemia. ¿Cómo, pues, se arreglará uno para atender á tantas y tan grandes necesidades? Y cuando más tarde comienzan á experimentarse las demás consecuencias funestísimas que traerá consigo el váguio, ¿cómo podremos socorrer á tantos desgraciados? Temo enviar á los catequistas para que visiten otra vez á los cristianos; pero no puedo menos á fin de que no digan que los abandonamos en esta tribulacion, y decaigan de ánimo. Por el pronto no creo que haya hambre; pero no dejarán de molestar pidiendo para arreglar sus casas, creyendo que ellos son los únicos en el mundo á quienes hay que socorrer, sin considerar que tenemos que atender á muchos lados.»

Hasta aquí el referido P. Oñate hablando del pueblo de Ngaoc-Duong. Pasemos á Cao-Xá, y oigamos al Padre Solá lamentar las ruinas causadas en su residencia y en el pueblo. «Con el corazón oprimido de dolor participo á V. I. la tristísima calamidad ocurrida en la noche del 5 al 6 del actual. Ha sido un váguio tan furioso cual no le habian visto quizá los nacidos, á lo menos por aquí arriba; así me lo decia el viejo catequista Dac. ¿Cómo describir los daños causados por tan desencadenada tempestad? Baste decir á V. I. que desde la casa principal hasta la iglesia y *nba quan cu* inclusive todo es un montón de escombros. Únicamente el granero del arroz ha quedado bastante bien; sin embargo, el viento deshizo la cubierta y se ha mojado el arroz... Yo estuve en el oratorio con varios muchachos haciendo esfuerzos para guardar las ventanas, hasta que ví que todo el tejado y paredes de enfrente rodaban por tierra; pues entonces no habia remedio humano capaz de resistir al furioso elemento. ¡Cuántas ruinas! ¡Cuánto estrago! No se puede explicar el destrozo. En el pueblo no han quedado más que tres ó cuatro casas enteras, y aún así con muchos desperfectos. Ya puede figurarse V. I. lo atribulado que estaré. Todo se ha de hacer con *chapecas*, aunque sea poco á poco, y en casa no hay más que unas 50 pesetas.»

El sacerdote tunquino coadjutor del P. Solá escribe casi en los mismos términos y añade: «En Tran-Xá tambien se ha caido la iglesia y *nba quan cu*; las casas del pueblo casi todas han venido á tierra; sólo quedan cuatro en pié. La misma suerte deben haber sufrido las demás cristiandades.» Recuérdese aquí que el P. Oñate en su primera carta decia tambien que las demás cristiandades debian haber sufrido mucho, y por desgracia no se equivocó. Lo mismo se puede afirmar del partido de Cao-Xá.

Pasemos al distrito de Tien-Chu, y á lo que sobre él

(1) Esto es, casa para los advenedizos.

(2) Nombres propios de los comisionados.

(3) En número de ocho ó diez.

(1) Las iglesias de este distrito eran 18 ó 20, si bien algunas apenas merecian el nombre de tales.



indica el P. Oñate añadirémos unas cuantas líneas del sacerdote que lo administra, teniendo en cuenta que tanto éste como los demás Padres anamitas, en las noticias que dan sobre este particular, son muy lacónicos y apenas hablan de otra cosa que de la destrucción de las casas, por haber sido esto lo que mayor impresión ha causado, lo que más afecta el ánimo al presente y lo que es de más urgente necesidad. Tampoco suelen dar noticias de todas las cristiandades y menos sobre los infieles, lo que debe atribuirse á que regularmente escribirían luego que pasó el vágüo, sin haber tenido tiempo para enterarse de todo el distrito; pero lo mismo aconteció en una cristiandad que en otra, lo mismo en un pueblo que en otro: la desgracia es comun é igual en todas partes con muy poca diferencia, como se comprenderá por el curso de esta relación. Dice, pues, el sacerdote que administra en Tien-Chu: «En el vágüo que acaba de pasar todos los individuos de la casa de Dios de este distrito, y de los dos beaterios que hay en él, hemos salido con bien por la misericordia de Dios; pero de los cristianos han muerto más de ciento. En el pueblo de Vien-Tieu no quedó ninguna casa en pié; todo el pueblo fué arrasado, excepto la iglesia, si bien el huracán la dejó muy mal parada y se llevó tres cuartas partes de la cubierta. En la residencia de Tien-Chu solamente la casa principal pudo resistir; pero quedó en mal estado. Todas las demás desde la portería en adelante fueron convertidas en ruinas. Muchas casas de los cristianos de Tien-Chu fueron destruidas y arrastradas por el ímpetu de las aguas y de los vientos juntamente con todo el ajuar que en ellas había, quedando solamente el pavimento. En el pueblo Ha-Xa han venido á tierra cerca de la mitad de las casas de los cristianos. Creo que Dios ha dispuesto que los cristianos del Phu-Khoai (1) padezcan una calamidad mayor que cuando volvieron de la dispersión á que se les condenó y obligó en tiempo de la persecución por todos los pueblos infieles; pues entonces pudieron ocultar alguna cosa ó enviarla á sus amigos infieles para que se las guardasen, pero ahora no les ha quedado nada.»

Los mismos destrozos han sufrido poco más ó menos los dos distritos que restan en la parte del Norte; esto es, Sa-Lat y Lai-On: de este último, en el cual hay tres residencias en tres pueblos bastante distantes, los unos de los otros, escribe brevemente el sacerdote que lo cuida: «El vágüo en este distrito ha sido espantoso. En la residencia de Lai-On sólo queda la casa principal, y ésta con la cubierta y los tabiques destruidos; también han sido destruidos la iglesia y *nha quan cu*. En el mismo estado ha quedado la residencia de Ha-Lang, esto es, con la casa principal solamente, y ésta medio arruinada. Idéntica suerte ha cabido á la iglesia y *nha quan cu* de este pueblo que á la de Lai-On. Más desgraciada ha sido la residencia de Ke-Bai, pues allí todas las casas se han derrumbado; sin embargo, la iglesia pudo resistir, aunque no el *nha quan cu*. Las casas de los cristianos casi en su totalidad fueron arruinadas; sólo existen cuatro ó cinco, y éstas malparadas: igual desgracia cupo á los cristianos de Ke-Bai y Ha-Lang. Todas las iglesias de las demás cristiandades han sido destruidas.»

Al leer los estragos sufridos por los distritos del Nor-

te, se creará que el centro de la horrorosa borrasca atacó por aquella región, y que sólo por allí tendría lugar un tan desencadenado derrumbamiento de edificios; pero si nos trasladamos á los distritos limítrofes del golfo de Tong-king por la parte de Oriente, encontraremos mayores motivos de lamentos y lágrimas. Principiando por el N. E. el primer partido es Ke-He: de allí escribe el sacerdote que lo administraba, el día 9 por no haberlo podido hacer antes á causa de estar todo cubierto de agua: «A eso de las ocho de la noche, cuando la horrible tempestad estaba en su mayor furia, el agua del mar principió á invadir este distrito y sus cercanías. La calamidad que nos ha venido es extrema y grande sobremanera, pues han muerto muchos hombres, carabaos y demás animales domésticos, y casi todas las casas han sido destruidas, arrastradas y dispersas por los vientos y las aguas. Todavía no sé precisamente el número de cristianos que han perecido, pues los que han ido á averiguar aún no han vuelto. Yo estaba administrando en la cristiandad de Van-Don, y creí que no podía menos de morir ahogado; mas por un beneficio de Dios nuestro Señor he sobrevivido á tan gravísimo peligro. De las tres residencias de este distrito, en la de Van-Ain se cayeron siete casas, cinco en la de Ke-He y cuatro en la de Thuon-Phuc. Todas las iglesias de estas tres residencias han venido á tierra. Los arrozales de Van-Dan, Van-Am, Tho-Cuen y demás alrededores se han perdido por completo, pues el agua salada todo lo cubrió y penetró profundamente.»

A su vez me escribe un sacerdote que con el P. Soriano administra el distrito de Cao-Mai: «Hallábame administrando en Cam-Lai; casi todas las casas estaban ya derribadas: la que habitaba yo con tres de la casa de Dios que estaban conmigo, era nueva y con las columnas bien sujetas debajo de tierra, por lo cual era difícil que cayese: sin embargo, viendo lo furioso de la tempestad, temimos que no pudiese resistir, y rompimos un tabique para salir á buscar algún sitio donde guarecernos. Apenas había pasado un cuarto de hora cuando principió á subir el agua del mar con tanta fuerza, que, pasado otro cuarto de hora, cubría el alero de las casas. Viendo esto, nos subimos al techo de la referida casa para encomendarnos á Dios, rezar el Acto de contrición y prepararnos á morir; mas aquella casa se conservó fuerte. Sufrimos el viento y la lluvia hasta media noche, y viendo que la borrasca aflojaba un poco su furia rompimos la cubierta para meternos dentro, donde pasámos el resto de la noche sobre una viga. Al amanecer las aguas habían bajado hasta el pavimento. En la cristiandad de Coen-Lai y Luong-Dien, que está allí cerca, sólo han muerto dos hombres y seis niños. El arroz con todos los muebles y demás utensilios, todo se lo llevaron las aguas. Yo tuve que estar allí hasta el sábado, y no había otra cosa que comer sino los carabaos y cerdos ahogados que las aguas habían arrastrado, y ni se podía ir á otra parte á comprar, ni había agua para beber, pues toda estaba salada. Por la parte de Tra-Ly el agua ascendió cinco ó seis codos sobre el caballete de las casas: el catequista Thirch y otro que estaban en Dinh-Cu se subieron al techo de una de ellas; mas el agua se llevó la casa y el techo se deshizo, y ellos se pudieron asir á un poco de paja, con la que se pudieron

(1) Prefectura de este nombre.



sostener sobre las aguas, y de este modo fueron llevados como dos horas de distancia hasta un sitio donde cogieron una caña, y asidos á ella estuvieron resistiendo las embestidas del agua y viento hasta media noche, en que cesaron. Grande sobremanera es la calamidad que los cristianos han sufrido, y no lo serán menos las que les han de sobrevenir, pues con el agua salada todos los arrozales se han perdido por completo y no se podrá plantar en mucho tiempo. Las demás noticias ya se las habrá participado á V. I. el P. Huan (1).» Y efectivamente el P. Soriano se expresa en estos términos: «En el *ap Dinh cu* murieron unos 130, quedando vivos unos 50. Pereció un hijo del Cai-Du (2) de 9 á 10 años, si no me equivoco, y dos nietos, uno de 13 años y otro de 6. Este último murió en hombros de su madre, que estaba asida de un árbol con otras dos chiquillas que se salvaron. En Phu-Nhuan y Duong-Xuyen murieron unos 200, entre los cuales se cuentan 30 cristianos, quedando solamente unos 31 fieles vivos. La iglesia y las casas todas quedaron arruinadas: en Cam-Lai murieron 6 cristianos, entre los cuales se cuenta una mujer embarazada. En Luong-Dien perecieron otros 6. En Dai-Hun murió un cristiano de Dong-Cang. La iglesia y las casas quedaron destruidas. En Chi-Trung murió un chiquillo y unos 60 infieles. La iglesia y todas las casas destruidas también. En Lae-Thuen la iglesia y las casas destruidas. En algunos *ap* infieles murieron unos 47. Pero junto á Dunh-Cu está Qui-Duc y tres *ap* que probablemente sufrieron la misma suerte de Dunh-Cu. Los portadores suplirán lo que falta á la triste relacion de los *ap*, Ly, pues son los que mandé á visitarlos (3). En este pueblo de Bac-Trach cayeron treinta y tantas casas, unas 60 en Un-Lang y unas 30 en Nhang-Ngai.»

Después del partido de Cao-Mai sigue el de Ke-Men, el cual no puede gloriarse de haber sido más afortunado que los anteriores. Ocho ó diez días después del vágüo vino á esta mi residencia el sacerdote de la Orden que lo administra, y manifestó de palabra lo que había sufrido. Los mismos estragos causados en los edificios; acerca de lo cual hay que notar que dos cristiandades, una de San Juan y otra de San Pablo, han sido totalmente destruidas: de la primera no queda ni vestigio; la iglesia y todos los edificios, con todo lo que en ellos había, fueron arrastrados al mar: de la segunda sólo existen dos ó tres casas: la misma pérdida de arroz por el agua salada, y por último casi igual el número de víctimas entre los cristianos, pues de éstos se sabe que han perecido 46.

Aún hay otros dos ó tres distritos confinantes con el golfo de Tong-king por el Sudeste: éstos, por lo menos en cuanto á desgracias personales, parece salieron algo mejor librados, pero en cuanto á lo demás bien poco será lo que discrepen. Abandonemos estas playas llenas de ruinas y de miserias inenarrables por todas partes, con el corazón lleno de amargura y compasión, y con los ojos arrasados en lágrimas; pero al volverlos hácia el

centro y Occidente del vicariato no los enjuguemos, pues las lágrimas y llanto nos han de ser muy necesarios para deplorar estragos más espantosos, si cabe.

Efectivamente, el centro de la indescriptible tempestad parece que no fué por los sitios que ya hemos recorrido, sino por los distritos de Thach-Bi, Bach-Tinh, Chan-Nguyen, Luc-Thuy-ha, Luc-Thuy-Thuong, Co-Viel y Ke-Dien. Los sacerdotes encargados de estos distritos, por no estar muy lejos mi residencia, ó vinieron á exponer sus ruinas y buscar algún alivio para mitigar las zozobras de su angustiado corazón luego que pasó el torbellino, por lo que no dieron noticia por escrito, ó bien otros que dilataron la venida cuatro ó seis días escribieron muy en general y casi limitándose á referir lo ocurrido dentro de casa.

En el distrito de Thach-Bi, de todos los edificios de la residencia del sacerdote que lo administra sólo resistió la casa principal; todas las demás fueron destruidas: la misma suerte cupo á más de la mitad de las casas de todo el partido, tanto de cristianos como de infieles. De 25 pequeñas iglesias que había, todas han caído por tierra exceptuando 2 ó 3. Pero gracias á Dios no hay desgracias personales que lamentar entre los cristianos, al menos que yo sepa.

En el distrito de Bach-Tinh, limítrofe del anterior por la parte del Norte, los edificios todavía sufrieron más, y la mortandad fué horrible: 84 cristianos sucumbieron entre las aguas, que en pocos momentos lo invadieron todo hasta una altura considerable: sólo han quedado dos ó tres iglesias. En el distrito de Trung-Lao, donde reside el P. Anselmo Foronda, en la residencia sólo queda la casa principal y ésta apenas habitable; las iglesias y edificios, como en los anteriores. En los distritos de Luc-Thuy-ha y Luc-Thuy-Tuong, de las residencias de los misioneros nada pudo resistir á la fuerza de los furiosos elementos; todo fué presa de la tormenta. De Chan-Nguyen escribe el día 15 el misionero que lo cuida: «Desde el día del vágüo hasta la fecha estoy perturbado sin saber lo que me hago, pues las casas de las dos residencias de este distrito están todas convertidas en escombros, y todo el ajuar de casa destrozado. Todo está descubierto por los cuatro costados, y los ladrones continuamente están acechando para hacer la suya. Todas las cristiandades de este distrito han padecido muchísimo, tanto en las iglesias como en las casas particulares: hay cristiandades donde no ha quedado ni una sola casa: han muerto más de 20 cristianos: los arrozales han quedado en muy mal estado.» Del distrito de Co-Viet escribía el misionero: «Aquí con esta tempestad han sido destruidas todas las casas de la residencia: sólo quedan seis *yan* de la casa principal y cinco junto á la portería, que se están cayendo. Todo lo demás se ha convertido en escombros; nada ha quedado en pie. Todos los muebles de casa están muy deteriorados, ni hay donde poderlos colocar. Por otra parte, ¿cómo arreglar esto sin tener *chapecas*? Díguese, pues, V. I., si le es posible, ayudarme con alguna cosa. Tengo noticia de la muerte de 7 cristianos, y no sé si habrá más: las casas de éstos casi todas han sido destruidas. Sobre los arrozales, pasado el vágüo, creíamos que todo se perdía, mas hace dos días el agua va saliendo, y aún se puede esperar recoger alguna cosa, siquiera sea poco.»

(1) Este es el nombre tunquino del P. Pedro Soriano.

(2) Antiguo prefecto de toparquía, recién bautizado.

(3) Las noticias precedentes se refieren á los *ap* y á los *ly* que nombra el P. Soriano: *ap* y lo mismo *ly* son pueblos pequeños recientemente formados, y algunas veces con grupos de casas que sirven de mucho para formar pueblos poco á poco en los terrenos que por sedimentación se van formando junto á la mar, del *limo* que baja de los montes con las aguas de los grandes ríos.



Del distrito de Ke-Dien dice el sacerdote que lo cuida: «El vágüo del día 5 ha sido espantoso: en las dos residencias de este distrito han caído por tierra 10 casas; sólo queda la principal de cada una de ellas, y aún bastante deterioradas. De los cristianos nada sé todavía, sino de siete cristiandades próximas á las dos residencias, en las cuales han muerto cuatro cristianos oprimidos y han sido destrozadas cuatro iglesias. De las casas de los cristianos que hay en las siete cristiandades sobredichas, sólo quedan en pie 18; las demás han sido derribadas. Hay pueblos de infieles en los que no queda ninguna casa; en otros sólo restan 4 ó 5, y de ellos han muerto muchos más que de los cristianos.»

Por fin, dos palabras más sobre los distritos de Bui-Cang, donde está el P. Juan Pagés. Copiaré unas cuantas líneas de este Padre sobre Quan-Cong, y que sirvan para Bui-Chu y Phu-Nhai, pues apenas se podrá notar discrepancia alguna. Dice así: «Doy á V. I. las más cordiales gracias por su solicitud y largueza. Yo no me atreví á pedir, porque por la misericordia de Dios este distrito no ha padecido tanto como otros muchos, especialmente en lo tocante á las desgracias personales, pues por lo que se ha averiguado se sabe que solamente han muerto 4 cristianos, y entre los infieles algunos más. Por consiguiente sólo han padecido detrimento los edificios, de los cuales han desaparecido más de la mitad (1). Reteníanme también las apremiantes y perentorias necesidades de V. I., ya domésticas, ya de todo el vicariato; por lo cual temía al considerar la dolorosa posición de V. I., rodeado de tantas calamidades y miserias; pues ahí acudirán todos como al remedio general de tantos males... Es calamidad grande la que nos ha venido; pero no hay otro remedio que adorar los inescrutables juicios de Dios nuestro Señor.»

Lo mismo se puede afirmar de los distritos de Bui-Chu y Phu-Nhai; esto es, que más de la mitad de los edificios han sido destruidos; y en mi residencia, de 12 ó 14 casas sólo han quedado 3, y no muy bien libradas.

En esta sentidísima, si bien desaliñada relación, le he dado á V. R. noticias detalladas, aunque muy de corrido por no prolongar esto demasiado, sobre 18 ó 20 distritos; mas, no obstante ser tan lacónicas, parecen suficientes para que cualquiera se persuada que el doloroso diseño hecho al principio del lúgubre aspecto que debía presentar el día 6 todo el vicariato, estaba en todo conforme con la realidad. Sobre los distritos mencionados en particular nadie lo podrá poner en duda; de los 12 ó 13 restantes hay 5 ó 6 que han sufrido casi idénticos daños en edificios, plantas y arrozales que aquellos de que se ha hecho mención especial: quedan, pues, tan sólo otros 6 de la parte Suroeste, que son Pham-Phao, Ninh-Cuong, Tan-Lac, Lien-De, Con-Lien y Lac-Dao: éstos han sido más afortunados que los demás; pero no se crea que les haya perdonado del todo el terrible azote de la justicia divina, pues por lo menos han tenido la tercera parte de detrimento que los otros.

No terminaré sin hacer una corta advertencia sobre la próxima cosecha del mes décimo, pues en las noticias copiadas no se ve claramente qué recolección se puede esperar. En los distritos de anual inundación ya se sabe

que no se planta nada en el mes sexto: en los 6 ó 7 que confinan con el golfo de Tong-king casi todo ha sido destruido por el agua salada: los 9 ó 10 del centro y Oeste fueron inundados con la lluvia torrencial del día de la tormenta, y como el agua apenas puede salir á causa de la igualdad del terreno, ¿cuánto se podrá esperar de estos distritos?

Aquí tiene V. R. el cúmulo de miserias presentes y futuras que en castigo de nuestros muchos pecados nos legaron en unas cuantas horas de aciaga memoria los elementos del cielo, obedeciendo á una orden de la justicia divina: los sinsabores y angustias que han de acabar nuestro corazón en el año próximo al presenciar las consecuencias necesarias de la catástrofe pasada, las dejo á la consideración de V. R.

Concluyo suplicando á V. R. en primer lugar que me encomiende á Dios nuestro Señor con todos los habitantes de este vicariato; y en segundo, que vea si puede encontrar algún medio para que sean socorridas algunas tanto las necesidades corporales de tantos desgraciados, que no saben á donde volver los ojos sino á la caridad de este pobre obispo,

FR. MANUEL RIAÑO,

*Obispo Tbaumacense, Vicario apostólico del Tong-king central.*

## DAMASCO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS Y DESCRIPTIVOS,

POR EL P. ABOUGIT, S. J.

LUGAR DE LA CAIDA Y CONVERSION DE SAN PABLO.

### III.



ROSIGAMOS nuestra demostración procurando determinar con toda la exactitud posible el lugar en que fué construida la iglesia destinada á conmemorar la conversión de san Pablo.

Trasladémonos á la vía romana que conduce de Damasco á Jerusalem; ruta que ciertamente siguió san Pablo para venir de Jerusalem á Damasco. Nos encontramos, según Ludovico Romano, á una milla de la ciudad (1); según los Bolandistas, á media milla próximamente (2); según el Rdo. Mislin, á diez minutos; según el P. Cassini, á un cuarto de hora. La diversidad de estos cálculos no puede dar lugar á seria dificultad. El adverbio *circiter* que emplean los Bolandistas deja bastante latitud para que su media milla pueda confundirse con la milla de Ludovico Romano, los diez minutos de Mislin y el cuarto de hora del P. Cassini. Por otra parte, sabido es que la longitud de la milla antigua no fué siempre la misma. Finalmente, Guillermo de Tiro corta la cuestión indicándonos que los cristianos de Damasco tienen la costumbre de hacerse enterrar en el lugar de la caída y de la conversión de san Pablo. Y en un país sometido hace siglos al poder otomano los cristianos no hubieran podido sino con mucha dificultad cambiar el sitio de su sepultura. Además, el sistema adoptado en Damasco para enterrar á los cristianos tiene cuando menos la ventaja de no exigir, aun después de muchos siglos, un cambio de cementerio. Es, pues, preciso admitir que el cementerio actual de los cristianos de

(1) Se refiere á los edificios y casas de los pueblos, pues en la residencia sólo quedó la principal.

(1) *Extra urbem ad primum lapidem.*

(2) *Medio circiter milliario.*



Damasco no difiere del que mencionan Guillermo y los Bolandistas.

En toda hipótesis, los testimonios que acabamos de indicar son manifestamente contrarios á las dos opiniones que señalan Sahhel-Kaukab ó Daraia como el lugar de la caída. Las diversas distancias expresadas por los autores arriba mencionados no pueden convenir á uno de estos dos lugares con preferencia al otro, así como ninguna de estas dos localidades puede haber sido escogida por los cristianos de Damasco para sitio de su sepultura.

Oigamos lo que dice Mislin respecto al lugar preciso de la caída de san Pablo: «Salgamos un instante de la ciudad, y caminemos un trecho distante diez minutos de la puerta del Mediodía (1), al sitio en que san Pablo fué derribado al oír esta voz: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Hay aquí el cementerio de los cristianos, y en otro tiempo existía una iglesia, de la cual sólo quedan algunas columnas rotas y esparcidas. Este lugar, inmediato al camino, es un poco alto, y parece un montecillo de escombros (2). Los cristianos acuden aquí procesionalmente cada año el día de la conversión de san Pablo. Desde allí entró el Santo en la ciudad y fué á la calle que se llama Recta (3), hácia la casa de Judas.»

Como se ve, el ilustre autor de *Los Santos Lugares* describe el de la caída de san Pablo con la tranquila seguridad de un historiador que enuncia un hecho incontestable. Esta seguridad ¿no es muy significativa por parte de un escritor nada propenso á afirmar con ligereza, y que por otra parte tiene todos los medios de comprobar las divergencias de opiniones relativas al punto en litigio? Las citas multiplicadas que se encuentran en su citada obra demuestran que el concienzudo escritor ha tenido á su disposición las mejores obras que se han publicado sobre el Oriente.

Otro tanto, á corta diferencia, puedo decir del Padre Francisco Cassini de Perinaldo, que visitó Damasco después de Mislin. En su *Terra santa descritta*, etc., este religioso franciscano, que pasó ocho años en Palestina ó en Siria, se encarga de decirnos: «Este lugar está indicado en tres puntos diferentes, muy distantes unos de otros.» Después de lo cual, sienta como «la más probable y general» la opinión que coloca el lugar de la caída de san Pablo á un cuarto de hora de la ciudad, por la parte del Mediodía. Describe luego el sobredicho lugar, y confirma todo lo que de él escribió Mislin, menos el detalle de los «restos de columnas»; pues el P. Cassini declara no haber podido descubrir, á pesar de todas sus investigaciones, el menor vestigio de la iglesia de que se ha hecho mención.

Por lo que toca á este pequeño detalle debo declararme acorde con el P. Cassini por la razón de que no he visto allí restos de columnas hasta después que los Padres Franciscanos de Damasco han rodeado de una pa-

(1) Hay en este punto dos puertas de diversa orientación. La puerta interior, que es la sola antigua, mira al Oriente y se denomina *Bacharki* (puerta oriental). La puerta exterior, que debe ser obra de los sarracenos, mira el Sur, y es evidentemente la de que habla Mislin.

(2) Mis reiteradas observaciones me han hecho ver en este montecillo lo que se llama *almendrilla*, esto es, un conjunto de pequeños guijarros unidos por un cemento natural, como se le encuentra en todas las regiones.

(3) Esta calle se denomina hoy *Saltanat* (imperial).

red el nuevo cementerio de los cristianos. Al abrir los fundamentos de dicho muro fué cuando los trabajadores descubrieron siete ú ocho de dichos trozos de columna. Por poco que se quisiese excavar el terreno interior del cementerio, se descubrirían sin duda otros muchos fragmentos.

Mas ¿qué se han hecho los diez que vió Mislin? Pueden haber sido rotos para servir en la construcción de alguna pared en aquellos alrededores; ó bien, como yacían sobre un terreno arenoso, debieron quedar sepultados con posterioridad al primer viaje de Mislin (1848 á 49); ó, en fin, dichos restos son tal vez los que se ven todavía en el antiguo cementerio de los Caraitas, situado al Oeste del camino de Jerusalem, mientras el cementerio cristiano está al lado opuesto.

#### IV.

Estos interesantes restos me conducen á determinar el solar preciso de la iglesia de San Pablo, y la situación aproximadamente del lugar en donde Saulo fué derribado. Y digo «aproximadamente», porque estos dos puntos eran distintos uno de otro. La caída de san Pablo debió tener por teatro el camino mismo que recorría á caballo; pero no es creíble que los cristianos se atreviesen á edificar entonces una iglesia en medio de una vía tan frecuentada como lo era la de Damasco á Jerusalem. Dicha iglesia, pues, no pudo ser levantada sino cerca del lugar de la caída.

La ruta que siguió Saulo fué seguramente la misma cuyo trazado indicamos, la que toman aún los cristianos que van de Damasco á Jerusalem, y que lleva directamente á la puerta desde muchos siglos llamada de San Pablo. Este camino pasa al Oeste del cementerio cristiano, que sólo dista treinta ó cuarenta pasos. El espacio intermedio lo ocupa en parte una segunda vía en dirección al Oeste, mientras que la primera se dirige al Sur. Desde la puerta de San Pablo hasta la altura del cementerio los dos caminos sólo hacen uno. En el delta formado por la bifurcación, frente del cementerio cristiano, me inclino á reconocer el emplazamiento de la iglesia de San Pablo, fundándome para ello en las razones que van á leerse.

Si á causa de los paganos y judíos no podía pensarse en construir la iglesia en el mismo camino, debió elegirse el solar más próximo, á fin de que tuviese el monumento carácter conmemorativo. Estando ya enteramente ocupado el lado occidental de la vía por el cementerio de los judíos conocidos con el nombre de Caraitas (1), necesariamente tuvo que buscarse el em-

(1) Los Caraitas (en árabe Quarraínes) forman en el judaísmo una secta opuesta á la de los Rabinos ó Talmudistas. Aquellos se limitan exclusivamente al texto de los sagrados Libros, y éstos, por el contrario, atribuyen al Antiguo Testamento igual autoridad que á las tradiciones de que los rabinos han llenado el Talmud y á los comentarios que hacen de las sagradas Escrituras. El Talmud no es sino un tejido de fábulas, de puerilidades y de errores groseros. El Ilmo. Mislin observa que la secta de los Caraitas había casi desaparecido enteramente en la época de sus viajes á Oriente. Por mi parte creo que ya no existe en Damasco, y el cementerio aludido hace mucho tiempo que está abandonado. La denominación *quarraine* es el frecuentativo de *quarriine* (lectores), y significa aficionados á la lectura. El *Quor'an* es para los musulmanes la lectura, esto es, el libro por excelencia. En este sentido la palabra *quarraine* designa los amantes del libro por excelencia.



plazamiento por la parte oriental, esto es, por el delta á que me he referido.

Este delta está en gran parte consagrado algunos meses há (1) para sepultura de los latinos, que han querido tener un cementerio particular. Aquí es donde se encontraron los trozos de columnas mencionados más arriba, y de aquí tambien debieron tomarse el gran número de los mismos que hay en dicho cementerio de los Caraitas, casi todos con epitafios en caracteres hebraicos, trazados en el sentido de su longitud.

Considerando que se encuentran restos de dicha iglesia en el delta próximo al cementerio cristiano y en el de los Caraitas, que está bastante más lejos; que el empleo que se ha hecho de estos pedazos de columnas indica con harta claridad que tales piedras fueron transportadas á medida que las necesitaban los Caraitas, por demás pobres para que pudieran procurarse otras losas sepulcrales; y considerando, por último, que el enterramiento de pedazos análogos, descubiertos en el delta, prueba que tales fragmentos están allí hace mucho tiempo, no habiendo razones que lo expliquen, cualquiera está autorizado á deducir que ocupan aquel lugar únicamente porque en él hubo una iglesia á la que pertenecían.

Más aún. En mi última visita al cementerio latino que acaba de establecerse en este mismo delta, se me mostró una baldosa recién descubierta. Es una piedra calcárea de un metro de altura, muy blanca y adornada de arabescos finamente esculpidos. Una magnífica cruz griega, grabada en hueco, parece ocupó el centro de la baldosa, de la que falta un tercio. En ella he creído reconocer la parte de lantera de uno de los altares de la antigua iglesia. Dos encajes, dispuestos en la parte superior y en la inferior, demuestran que esta piedra estaba empotrada en una obra de albañilería y rodeada de un marco. Sabido es que los antiguos altares eran mucho más anchos que los modernos.

Pero se presenta ahora una dificultad que no hubiera ocurrido tres meses atrás, y consiste en la pretension de que el delta había sido, en una época que no se precisa, el lugar de sepultura de los samaritanos.

Cuando los Padres Franciscanos emprendieron los trabajos en el terreno que el Ilmo. Valerga les obtuvo del Gobierno para establecer un cementerio exclusivamente latino, los principales judíos de Damasco se amotinaron contra los operarios, pretendiendo que el terreno, concedido sin saberlo ellos por el Ualí de Siria, era su anti-

guo cementerio, y desde entonces propiedad de su nación. Los Franciscanos no quisieron comprometerse con semejantes adversarios, y así contestaron que no les importaba más este emplazamiento que otro cualquiera asimismo próximo á la ciudad, y que lo abandonarían gustosos si el Ualí les designaba otro convenientemente situado. Entonces los judíos dijeron á los Franciscanos:

—Ahí teneis, cerca del cementerio cristiano, la sepultura de los samaritanos (*Magbarai es samra*). Aceptad aquel solar en vez del nuestro, y si en él encontrais los huesos de algun samaritano, hacednos el obsequio de regalárnoslos para que tengamos la satisfaccion de quemarlos y esparcir al viento sus cenizas (1).

Admitiendo la tradicion de los judíos de Damasco acerca de la situacion del cementerio samaritano, ocurre preguntar cómo los cristianos hubieran podido edificar una iglesia sobre el lugar mismo de este cementerio, pues es evidente que los samaritanos hubieran hecho oposicion invencible.

La objecion es grave, pero supone un hecho que no está probado, á saber, que los samaritanos se hicieran sepultar en aquel lugar, precisamente en la época en que los cristianos edificaron la iglesia. De consiguiente, suposicion por suposicion, admito como muy probable la que sostiene que el cementerio samaritano estaba fuera de servicio en la época de la ereccion de la iglesia, y la que pretende que fué establecido el cementerio en época posterior á la ruina de la iglesia; hipótesis ambas que debilitan sobremanera el argumento que podría sacarse de la primera.

En apoyo de la hipótesis del terreno abandonado por los samaritanos antes de la ereccion de la iglesia dedicada á san Pablo, puede decirse que si esta iglesia no se hubiese encontrado cerca del lugar ocupado *ab antiquo* por el actual cementerio de los cristianos, y que si en vez de este monumento respetable á sus ojos, el delta hubiese sido ocupado por el cementerio samaritano, ciertamente que los cristianos no hubieran puesto su sepultura en donde se encuentra en la actualidad. Nada les hubiera atraído á este punto, antes bien todo les alejaba de él.

Respecto á la hipótesis que considera como posterior á la ruina de la iglesia la ocupacion del delta por los samaritanos, tiene en su apoyo un argumento á mi parecer no despreciable. Tal es el descubrimiento, en el nuevo cementerio latino, de dos pedazos de columna llevando en sentido longitudinal inscripciones hebraicas análogas á las que se encuentran en el cementerio caraita. De lo cual se deduce que estos pedazos, lo mismo que los de este último cementerio, sólo sirvieron de piedras sepulcrales despues de la destruccion de la iglesia de San Pablo. Luego, si los samaritanos aprovecharon los sagrados restos que encontraron en aquel sitio para adornar con epitafios la tumba de sus muertos, existió allí indudablemente una iglesia.

Esta solucion puede dar origen á otra objecion. Si la iglesia de San Pablo estaba situada en el delta, y si los



DAMASCO.—Fragmento de piedra encontrado en el cementerio latino.

(1) Este estudio fué escrito en Mayo de 1873.



samaritanos no ocuparon este lugar sino despues de la ruina de este edificio, ¿cómo los cristianos no fueron los primeros en establecer su cementerio en un lugar que debía serles tan querido? Toda vez que los cristianos, segun el testimonio de Guillermo de Tiro, escogieron para su sepultura este lado de Damasco en memoria de la caída y conversion del grande Apóstol, ¿no era natural que fuesen los primeros en tomar posesion del lugar consagrado por tal recuerdo? ¿Qué pudo inducirles á ocupar simplemente uno de los lados?

Es difícil contestar perentoriamente á semejante objecion. Sin embargo, puede creerse que los cristianos no pusieron sus sepulturas contiguo á la iglesia de San Pablo, primero por respeto al precioso monumento, y luego por no chocar con las preocupaciones de la época, que, lejos de venerar la morada de los difuntos como un lugar sagrado, lo consideraba como un espectáculo funesto que debía apartarse todo lo posible de la vista de los vivos, y hé aquí por qué las antiguas necrópolis estaban todas situadas á considerable distancia de las ciudades, como se ve en Saida (Sidon), Beyruth (Berito), Sur (Tiro), etc. Añadiré que la pequeña eminencia que aún ocupa el cementerio cristiano, la única que se encuentra por esta parte de Damasco, debió parecer un punto mucho más á propósito al efecto que el terreno del delta. En los países cálidos los cementerios tienen necesidad de ser oreados lo mejor posible. Además, el sistema de sepultura adoptado aquí por los cristianos, á diferencia de los musulmanes y judíos, exigía en su cementerio ventilacion muy especial para que las emanaciones que á veces desprende no excitasen las quejas de los transeuntes. Finalmente, los cristianos no quisieron quizá tener su sepultura muy cerca de las de los Caraitas, que ciertamente no les eran más simpáticos que los Talmudistas.

Esto es, hasta más amplios informes, todo lo que me es posible escribir acerca el lugar preciso de la caída y conversion de san Pablo.

## ÁFRICA ECUATORIAL.

*Carta del Rdo. P. Delaunay, superior de la nueva estacion.*

Mulonewa en el Massanzé (costa occidental del Tanganika), 27 de Diciembre de 1880.

**L**os sacerdotes que debían fundar la Mision de Mulonewa, al Oeste del lago Tanganika, el día 25 de Noviembre último se pusieron en marcha para la nueva residencia, cuya creacion solicitó repetidas veces una diputacion de la tribu de los Massanzés.

A las diez de la mañana una ligera brisa del Este hinchó nuestra vela, y la embarcacion se alejó de la ribera. Nuestro corazon experimentaba vivas emociones: dejábamos á nuestros Hermanos, y los instantes de la separacion son siempre penosos... Íbamos hácia lo desconocido en un país antropófago: ¿qué recibimiento nos esperaba? Ciertamente que el sultan mandó una diputacion al Urundi pidiendo el favor de tenernos en sus Estados; pero el carácter de los negros es veleidoso en extremo, y sus mejores impresiones se borran con suma facilidad.

Tales eran nuestros pensamientos al atravesar esa inmensa sabana de agua, ó mejor ese mar interior al que se da el nombre de Tanganika.

A las dos de la tarde llegámos al extremo de la península del Ugunari, y contemplámos entristecidos los estragos allí causados por la súbita aparicion de bandas de ladrones, que caen de improviso sobre un pueblo, lo saquean y entregan á las llamas, y arrebatan mujeres y niños, dejando sólo tras sí cultivos abandonados y ruinas ennegrecidas por el fuego, únicos restos de las antiguas casas.

Luego atravesámos la bahía llamada por Stanley «golfo de Burton,» y por fin á las siete de la tarde tocó tierra nuestra embarcacion. Estábamos en la provincia del Massanzé, al pié de un pueblo llamado Mulonewa, en donde debíamos abordar.

Apenas descargada la embarcacion, acudió presuroso uno de los jefes para ofrecernos hospitalidad en su casa; pero la noche era oscura, y no podíamos transportar nuestro equipaje. Tras una corta refaccion elevámos el corazon á Dios, y extendimos nuestra sábana en la arena. A las diez volvió Kaponora (tal es el nombre de este anciano jefe), y temiendo que las olas destrozasen nuestro barco, lo condujo con nuestros remeros en frente del pueblo: más de cien hombres lo izaron á la orilla, llevándolo más bien que arrastrándolo. El mismo sultan estaba allí presente, y como los demás prestó para la operacion el concurso de sus fuerzas. El Padre que pasó la noche en la embarcacion para guardarla, se vió llevado como en triunfo por aquella multitud, tan satisfecha de recibirnos. La noche, sin embargo, debía ser dura, pues la tempestad avanzaba sobre nosotros, y poco tardó en caer una lluvia torrencial.

El día siguiente, muy de mañana, en vez de volver á nuestro barco, todo el pueblo vino hácia nosotros: hombres, mujeres y niños cargaron en un instante con los bagajes, y los depositaron en la morada provisional que se nos tenía preparada, consistente en una choza de paja de forma circular. Ningun objeto de nuestro cargamento faltó al revisarlo: estos negros desmintieron la reputacion de ladrones que los viajeros se complacen en concederles.

Al momento abrimos un saco de sal, y ofrecimos un poco de ella á esos *pagazis* improvisados. Era curioso contemplarles mirando con ávidos ojos el precioso condimento, que apetecen sobremanera, y aguardar con impaciencia la módica porcion que iba á depositarse en el calabacino que cada uno trajo. Apenas tienen la sal en sus manos, se la comen como en Europa lo haría un niño con un pedazo de azúcar. Felices testigos de este contento, agradecemos al Señor tan buena recepcion, favorable presagio para el establecimiento de una Mision en este país.

Otra escena debíamos presenciar por la tarde. El sultan y su Consejo estaban reunidos en un cobertizo, al aire libre: los hombres le rodeaban, y las mujeres permanecían en pié algo atrás. Cuando todo estuvo dispuesto, nos advirtieron que se nos esperaba. Dirijímonos en seguida al sitio de la asamblea, en donde se nos hizo lugar cerca del sultan, jóven de veinte y más años y de rostro simpático. Tenía á su lado á sus dos lugartenientes principales. El primero, Kaponora, el mismo que vino comisionado al Urundi, es un negro de unos cincuenta años y de sin igual actividad, especialmente cuando se trata de los blancos, pues les ama y proclama



muy alto que son sus amigos. El segundo es igualmente de bastante edad, y está bien dispuesto en favor nuestro.

Tomámos asiento á la usanza indígena, esto es, agachados sobre una estera tendida en el suelo.

Kaponora, primer *nyampara*, tomó la palabra como un bardo de los antiguos tiempos.

— Los Wasungus (blancos) han llegado entre nosotros. Ayer les ví venir de léjos y les aguardé á la orilla del mar. Yo he velado por sus bienes: no he querido que su magnífico barco se estrellase contra las rocas de la playa, combatido por las olas entumecidas por el huracán, y lo hice retirar del lago. Han venido los Wasungus, nuestros amigos. Héles aquí en medio de nosotros. Saludad su venida con vuestros cantos.

Luego entonó algunas coplas improvisadas al efecto, y se puso á danzar al compás del cadencioso palmooteo de toda la multitud. El canto y la danza se hicieron en honor nuestro: era el único medio que habian encontrado los pobres negros para demostrar su contento y gratitud.

Acto continuo el sultan nos saludó con un *uakeé* (buenos días) tres veces repetido, contestando tambien nosotros *uakeé* cada vez, y luego nos preguntó por nuestra salud: hicimos lo mismo, y continuaron los discursos. Estas buenas gentes, que oyeron hablar de nosotros en el Urundi, se ponian por así decirlo en nuestras manos con confianza indecible. Así Kaponora, primer ministro, enumeró en un discurso, en nombre de todos, las cualidades de los blancos.

— Entre ellos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, es desconocido el robo: no hieren á los habitantes ni les insultan; nunca pronuncian malas palabras; por el contrario, reciben á los extranjeros con bondad, pagan lo que compran y no quieren hacer mal á nadie: enemigos de la guerra, no desean verla en torno suyo.

Luego, volviéndose hácia la parte de la montaña, prosiguió:

— En adelante trabajo tendréis, Wabembés, en venir á robarnos, arrancar nuestras mieses apenas maduras, incendiar nuestras casas y enriqueceros con nuestros despojos. Wanguanas, que arrebatáis nuestras mujeres y niñas, vivid alerta; los blancos están aquí. Negreros terribles, salteadores del lago, no detendréis ya vuestro barco en nuestra orilla. Este lugar es Mulonewa, y los blancos están en él.

A esto añadió:

— ¿Acaso temeríais aún, habitantes del Massanzé?

— ¡No! ¡no! fué la respuesta unánime.

— ¿Debemos, pues, recibir á los que vienen á hacernos bien?

— ¡Sí! ¡sí!

A este grito, salido de todos los pechos, siguió un segundo canto, compuesto igualmente para esta circunstancia.

Las mujeres quisieron tambien ser oídas, y empezaron sus canciones. Cuando se restableció el silencio el Padre Deniaud repitió á nuestros negros que no veníamos como enemigos, antes todo lo contrario, aparecíamos entre ellos como amigos y protectores; sentimientos que abrigaríamos constantemente, dichosos con enseñarles lo que debe hacerles felices en este y en el otro mundo.

El segundo *nyampara* tomó entonces la palabra, y re-

pitó casi en iguales términos el discurso del primero. Sus palabras fueron tan elocuentes que nuestros remeros, presentes á la reunion, se subieron á las ramas de un árbol, y poco faltó como no lo despojaron enteramente de sus hojas. Entre los indígenas de esta comarca hay la costumbre de presentar tales hojas en demostracion de gratitud á aquel que ha hablado bien en un discurso.

Quedámos, pues, admitidos, y la plaza prometiendo feliz conquista.

De regreso á nuestra cabaña el sultan preguntó si podian incomodarnos las viviendas que la rodeaban, pues en tal caso las haria desaparecer, y enviaria á sus moradores á construirlas más léjos. Una sola palabra hubiera bastado para hacer derribar diez cabañas de las más próximas, pero no quisimos causar el menor descontento por nuestra llegada al pueblo, tanto más cuanto debíamos escoger un emplazamiento para construir en breve.

Un poco antes de ponerse el sol salimos para examinar los terrenos. Todo el pueblo que nos vió pasar vino con nosotros, el sultan al frente. El país está cubierto de grandes árboles, adornados de espeso manto de verdor, que nos protegen contra los ardores del sol de los trópicos. Subimos un poco las colinas que nos separan del Wabembé, país muy poblado y fertilísimo, cuyos habitantes son feroces y antropófagos. A cada paso encontramos visibles vestigios de su audacia en los restos de albergues incendiados. Pronto la noche nos obligó á regresar á Mulonewa.

El día siguiente, 27 de Noviembre, verificóse el cambio de presentes en prueba de amistad. Un buey que el sultan compró expresamente para nosotros en el Uvira, pues no los hay en el Massanzé; carneros, cabras, harina de yuca, maíz y *mutoma*, hé aquí lo que la generosidad de esas pobres gentes encontró mejor para obsequiarnos: por otra parte, era lo único que podian ofrecer.

Les correspondimos con algunas telas de colores vivos, y algunas perlas y paquetes de sal. Muerto el buey, fué distribuido igualmente entre aquella muchedumbre, tan ansiosa de la carne, que la devora con increíble rapidez.

El domingo, 28, celebré una misa en accion de gracias, en la que no eché en olvido á los cristianos de Europa, que tan generosamente nos prestan el concurso de sus oraciones y limosnas.

En seguida vamos con el sultan y sus ministros á determinar el terreno que debe ser nuestro, pues aunque en el Africa ecuatorial los hay en gran número enteramente incultos, no pertenecen, como podria suponerse, al primer ocupante, sino que el sultan se los reserva, y sólo los cede á cambio de muchos presentes de sal, alambre, telas, perlas, objetos todos que no son muy caros en la costa, pero que traídos aquí resultan á un precio muy subido.

Así que se eligió el terreno para la construccion y el cultivo, el sultan y los ministros empezaron á arrancar la yuca gritando:

— ¡Este terreno es de los Wasungus! ¡que nadie venga en lo sucesivo á plantar en él!

Al anochecer presenciámos otro espectáculo. Todo el



pueblo se reunió ante nuestra morada, encendióse un gran fuego y empezó el baile; pero como se hacía en obsequio de los blancos, sólo tomaron parte en él los principales de la Corte. Imposible es dar idea de las contorsiones, saltos y brincos de un baile de salvajes. El que aparece en escena comienza por dar el compás, y luego entona su canto, que repite toda la asamblea palmeando cadenciosamente. Entonces el danzante, siguiendo la modulacion, se lanza á derecha, á izquierda, hácia adelante ó atrás, parece como que se disloca todos los músculos, viene á enroscarse á nuestros piés como una serpiente, y de un salto se encuentra súbitamente en medio de la escena. Al cabo de diez minutos de este ejercicio gimnástico el danzante, rendido y sin aliento, cede el lugar á otro, que trata de excederle, si puede, por lo extravagante de sus gestos y contorsiones.

Habiendo llegado la hora de nuestro descanso, entramos en la choza, y la multitud se dispersó.

A la madrugada del día siguiente nuestro barco se alejó de la orilla, al canto de los remeros, llevando al P. Deniaud. Quedamos, pues, solos con nuestros neófitos, y está fundada la residencia de Mulonewa en el Massanzé.

En breve podrémos hablar á estos pobres negros de la verdadera fe que venimos á predicarles. No teniendo religion positiva, pronto llegarán á pensar, á creer y orar como nosotros. Efectivamente, en este país poco há desconocido el blanco es un sér superior; lo que él dice es la verdad. Por lo mismo no parecerá extraño á nuestros neófitos que nuestra Religion sea buena y aún necesaria para merecer esta otra vida que vamos á anunciarles.

## VIAJE Á ABEOKUTA,

POR EL RDO. HOLLEY, MISIONERO DE LA COSTA DE LOS ESCLAVOS.

### II.

DE ICHERI Á ABEOKUTA.

**M**uy de mañana del día 30 de Julio partimos de Icheri, y merced á la ligera brisa que barria á los mosquitos pudimos descansar un poco. Eran cerca de las nueve cuando llegámos á Go-Hun, pueblo situado á la derecha del río, á más de cien piés sobre el nivel de la corriente. Go-Hun se parece á todas las poblaciones de los negros: quien vea una puede hacerse cargo de que las ha visto todas. Lo que más llamó mi atencion fué una albinos, cuya cabellera de un amarillo súcio y repugnante contrastaba desagradablemente con la de los demás indígenas. Separada de los otros llena de vergüenza, fué la única que no vino á saludarnos. Al anochecer vimos los primeros papagayos, cuyos penetrantes gritos desgarraban nuestros tímpanos. Era ya de noche cuando nuestra piragua abordó en un pequeño ancon cubierto de grandes árboles. Cinco ó seis casas todo lo más, que formaban el pueblo de Oba, se habian dado el lujo de un jefe de guerra.

Apenas pusimos pié en la orilla cerca de la cual habíamos echado el áncora, cuando se nos preguntó si queríamos comprar un mono que todavía chorreaba sangre. No se crea que se tomen la molestia de despellejarlo. Una vez hecho tajadas lo asan en parrillas, y algunas semanas despues, cuando ha figurado en todos los mercados vecinos, acaba por ser vendido á algun propietario,

que lo considera como un manjar exquisito. Lo compramos por un poco de tabaco. Teníamos en nuestra compañía un muchacho de la Mision, que debe saber guisar, pues pertenece á la raza negra: bien ó mal desolló á la bestia, y mientras la asaba nos venció el sueño. Nuestro *San Pedro* nos aguardaba, y trepámos como pudimos á nuestra tienda, prometiéndonos un buen plato para el día siguiente.

La noche fué un verdadero combate contra los mosquitos. El niño, por su parte, no hacía sino rascarse y lanzar prolongados suspiros. Le creí ocupado, como nosotros, en cazar dichos insectos; pero no era así: estaba en lucha con grandes hormigas negras, terribles entre todas por sus ardientes mordeduras. Subidas al abordaje por la cuerda que retenia nuestra piragua cerca de la orilla, todo lo habian invadido: hubiérase dicho que nos espionaron mientras preparábamos el mono, pues le atacaron en crecidísimo número, y nos vimos reducidos á comer sus restos. Ignorando el peligro, el muchacho habia ocultado media caja de sardinas debajo de la estera en que dormia, y dos columnas de esos voraces insectos las comieron casi por completo: molestados en su festin por los movimientos del negrito, se defendieron á su vez, y de ahí el tormento nocturno que sufrió nuestro pobre Antonio. No hubo más remedio que vaciar la piragua y pasar fuego por entre los apretados batallones de nuestros infatigables enemigos; y como si no fuese bastante las numerosas mordeduras con que nos favorecieron, nos ocasionaron notable pérdida de tiempo.

31 de Julio.—Teníamos mucha prisa para huir de este incómodo punto, pero era más de las nueve cuando todo estuvo dispuesto. Desde este momento nos fué imposible restablecer nuestra tienda, y tuvimos que estar todo el día expuestos á los ardores del sol, defendiéndonos lo mejor posible. Por la mañana, presentándose la ocasion, derribé de un solo tiro tres gorriones grandes como mirlos, y apenas los recogimos cuando nuestros tripulantes nos mostraron un caiman durmiendo al sol sobre un tronco de árbol descuajado. Sólo distaba de nosotros unos quince metros. Le disparé á la boca entreabierta, y cayó al agua; pero estaba reservado á otros el aprovecharse de esta codiciada presa, á causa de que la corriente nos llevó atrás, y no tuvimos tiempo de esperar á que el animal reapareciese.

El curso del río, en efecto, es muy rápido en ciertos puntos, como nos convencimos de ello por la tarde: los tripulantes costean las riberas con mayor cuidado, pues se reconocen incapaces de luchar contra la corriente.

La vegetacion es abundante, rica, prodigiosa, y el poder del Criador se manifiesta visiblemente en esos algodoneros, gran número de los cuales alcanzan proporciones de que hasta es difícil dar idea. Así es que, recogidos de admiracion, más de una vez hubiéramos querido detenernos. Las magníficas bóvedas de albohales extendidas con gracia, los arbustos y árboles formando con ellos grutas naturales, las guirnalas de flores y follaje decorando primorosamente el fondo de esos encantadores retiros, todo demuestra cuánto se ha complacido la Providencia en adornar y embellecer aquellos sitios tan privilegiados. Cuando fondeámos en Ore encontrámos buen número de piraguas que se nos habian adelantado. Instruidos por la experiencia, y teniendo que reparar el



sueño de dos noches perdidas, nos atrevimos á dormir en el pueblo, acostados en una estera y envueltos con nuestros cobertores. Rodeados de negros que poco tardaron en roncar, encomendámonos á Dios y á san Pedro, y al cabo de algunos minutos dormimos en apacible sueño.

1.º de Agosto. — La noche fué buena y el sueño reparador: por un instante temimos que el tiempo, bonancible desde nuestra partida, se cambiase de repente, pero no sucedió así, y el día fué ardiente como los demás: todo se redujo á ligeras nubes, pronto disipadas, que velaron breves momentos los rayos de un sol abrasador. A las once de la mañana cambió súbitamente el aspecto del país. En vez de los algodones y bombaces, cada vez más raros, advertimos numerosas palmeras: las márgenes del Ogun no ofrecen ya á la vista sino un borde uniforme de largas yerbas, apenas entrecortadas á trechos por algunos arbustos. Pocas horas más tarde hasta las palmeras van escaseando, y vastos campos de maíz anuncian que se encontrarán en breve negros inteligentes y laboriosos. En efecto, los pueblos visitados hasta ahora respiran la mayor miseria, y el en que abordamos al medio día tiene apariencias de bienestar. En Tecpana (este es su nombre) se nos recibe, como en todas partes, con general simpatía: merced á nuestro tabaco nos proporcionamos vino de palmera y batatas trituradas. Las mujeres y los niños, con ese acento lastimero y dulce que tan bien cae en dialecto nago, nos suplican que les demos pequeñas monedas de plata, que desean mucho para sortijas. Después de soldarlas á éstas, muestran la mayor complacencia en traer en su dedo la cara blanca de un soberano coronado.

Al salir de este pueblo encontramos un cadáver arrastrado por la corriente; era el segundo desde la víspera. Por la tarde nos entristeció la vista de otros dos cadáveres mutilados, siguiendo uno en pos de otro á corta distancia. Se nos dijo que eran prisioneros de guerra, pero después supimos que eran ladrones ejecutados en Abeokuta. Al anoecer nos vimos precisados á abordar en un lugar solitario para pasar la noche. Un ave de grueso pico, especie de papagayo negro que cace la víspera, un poco de papillas de harina de maíz y un vaso de agua, tal fué nuestra cena, que encontramos excelente. El temor de las serpientes y hormigas nos retuvieron á bordo; nos encomendamos á san Pedro, y le pedimos que aceptase el sacrificio que teníamos que hacer no pudiendo celebrar su fiesta. Por su parte nuestros tripulantes, algo intranquilos, encendieron grandes fuegos para ahuyentar las bestias dañinas.

Hémos por fin en el camino de la capital, donde se nos espera. En nuestro trayecto atravesamos el campo de batalla inmortalizado por la derrota del Dahomey. En las puertas de la ciudad un tuerto casi ebrio, cubiertos los hombros con un súcio lienzo, nos detuvo, quiso contar nuestros paquetes, los dobló y multiplicó de tal suerte en su imaginación, que tuvimos que pagar 15 pesetas. Más tarde, cuando le amenazamos con entregarle al jefe de guerra, nos respondió golpeándose la barriga: «El hambre me mata.»

Después de hora y media de marcha llegamos á casa de Marcolino, el católico que nos aguardaba. Puso á

nuestra disposición cuatro aposentos y una ancha *veranda*, que era todo lo que podíamos apetecer de más completo en la ciudad. Nos instalamos allí lo mejor posible, dejando en un rincón nuestra campanilla.

Sin duda habreis oído hablar de Abeokuta: permitidme, pues, referir lo que hemos visto y oído, á fin de facilitar la comprensión de los acontecimientos que ha suscitado nuestra presencia.

Abeokuta (*abe*, debajo; *okuta*, piedra) saca su nombre de las numerosas peñas graníticas á cuyo pié están edificadas las cabañas de los diferentes barrios: situada á la margen izquierda del Ogun, al 7º 8' de latitud Norte y al 1º 25' de longitud Este, la ciudad encierra multitud de pueblos y tribus que hablan el mismo idioma y conservan todavía restos de su antigua independencia. Sesenta años atrás esta ciudad no existía aún: algunas cavernas servían allí de guarida á bandas organizadas de ladrones y asesinos que asaltaban á comerciantes y caravanas. Desde dicha época más de 140 poblaciones ó pequeños reinos, perfectamente independientes unos de otros y deseando sustraerse á las anuales invasiones de enemigos más poderosos, tomaron el partido de refugiarse al pié de estas rocas. Los fugitivos eran todos Egbas y constituían la raza más valiente de los Nagos. El primer rey que desertó y tomó posesión con sus súbditos de toda la tierra de Abeokuta, lleva todavía el nombre del país que abandonaron: «Onitoko.» Quedó dueño del territorio; mas á medida que otras poblaciones, huyendo ante el enemigo, acudían pidiendo protección, el rey de Toko ú Onitoko concedía terreno suficiente para la nueva tribu. De todas las que se reunieron sólo quedan siete reinos: Alak, la capital, Olowu, Olidomapa, Ilungun, Onitoko, Augura y Onilado.

Cada rey es elegido por sus súbditos; sólo el de la capital, Alak, elegido primero por los Agbalaba, «hombres libres,» necesita los votos de todos los jefes de Abeokuta para que sea reconocida su autoridad. El rey actual tiene la desdicha de ser pobre, por cuyo motivo la república de los Egbas rehusa reconocerle, lo que da origen á interminables intrigas y querellas. Los ministros del soberano son los Ogboni, que forman una especie de francmasonería. Son dueños del país, y se les cree poseedores de un secreto, el cual no es otro que una serie de medios conocidos de ellos solos y propios para regir á los negros, explotarlos y neutralizar en el país la influencia europea. A ellos incumbe el cuidado de perseguir y castigar á los ladrones y asesinos: cuando un malhechor cae en su poder lo juzgan y ejecutan, y la cabeza del reo permanece expuesta algunos días en lo alto de una pica. En un país como este, en continua hostilidad con sus vecinos, muy bien se alcanza que los guerreros y sus jefes tienen necesariamente influencia decisiva en todos los asuntos de interés general.

La población va en continuo aumento, sea porque tribus enteras, perseguidas por las Amazonas del rey de Abomey, se apresuran á reconocer á uno de los siete jefes, sea porque los Egbas hacen prisioneros que acrecientan el ya prodigioso número de esclavos.

Así, después de tres semanas de excursiones á pié ó á caballo, de haber recorrido la mayor parte de los barrios de la ciudad, lo mismo que los vastos mercados que allí se tienen todos los días, y de tender la vista por las



innumerables chozas construidas al pié de las rocas que nos servian de observatorio, fundándonos además en datos diversos y seguros, el Rdo. Chausse y yo no tememos afirmar que Abeokuta no cuenta menos de 200,000 negros.

Difícil me sería precisar la extension del recinto fortificado de la ciudad: los muros construidos de tierra, y que tienen una longitud de 35 kilómetros, segun el Rdo. Borghero, son nada en comparacion de las defensas naturales formadas por las peñas que barren el paso por el lado del Este y del Sur. (Véase el grabado de la página 25). Las llanuras y colinas están cubiertas de ricas plantaciones. El tallo seco del maíz unido á las mazorcas de la batata y de la yuca, dan á estos vastos cultivos el aspecto de inmensos viñedos simétricamente colocados.

## CRÓNICA.

**Alemania.**—Lo que ha ocurrido en el Parlamento alemán es grave, significativo, y para nosotros muy consolador.

Las agencias telegráficas, con una candidez admirable, nos han dicho que en ese Parlamento los progresistas obtuvieron el día 12 una señalada victoria.

Pero, ahí nos las den todas, y Dios quiera conceder á los progresistas de Alemania y de España, y de todas las naciones del mundo que posean tan honrada gente, victoria de semejante naturaleza.

Decía así el telegrama:

«Berlín, 12.—En la sesion verificada esta tarde en el Parlamento alemán, los progresistas han obtenido una señalada victoria aboliendo las famosas leyes de Mayo del príncipe de Bismark.

«Puesta á votacion la proposicion del señor Winthorst suprimiendo la ley que prohibia á los eclesiásticos no autorizados por el Gobierno el ejercicio de su ministerio, ha sido aprobada por 235 votos contra 115.

«Los conservadores y los nacionales han presentado varias proposiciones incidentales contra dicha supresion, pero todas ellas han sido desechadas.

«El resultado de esta votacion ha producido grande impresion.»

De modo que ya no existen las odiosas leyes del 4 de Mayo de 1871, por las que tantas parroquias quedaron huérfanas de sacerdotes y todo el clero católico era víctima de tiránica opresion.

El Kulturkampf ha recibido golpe de muerte.

Los obispos católicos pueden, por fin, respirar con libertad y proveer los cientos de curatos vacantes sin prévia autorizacion de la potestad civil para que los sacerdotes ejerzan su sagrado ministerio.

Este es el triunfo que el telégrafo atribuye á los progresistas alemanes, y por el cual los católicos no podemos menos de regocijarnos sobremanera, y abrir el corazón á grandes esperanzas para el porvenir.

Y es muy de notar que los partidos más avanzados, como son los progresistas y socialistas, han votado la enmienda juntamente con los diputados del Centro católico; y los únicos que han emitido sufragio en contra son los conservadores liberales.

¡Juicios de Dios! Los mismos que incitaron y ayudaron al establecimiento del Kulturkampf y de las leyes de Mayo contra los católicos, son los que ahora han prestado á los diputados del Centro católico su ayuda para derogarlas.

Y los conservadores, ni entonces tuvieron energía sufi-

ciente para oponerse al establecimiento de esas leyes tiránicas, ni en esta ocasion han cooperado para quitarlas.

Por fortuna, su oposicion produjo resultados contrarios. La enmienda fué aprobada, y el Gobierno alemán se ha quitado de encima una nota infamante: las leyes de Mayo eran generalmente mal vistas por su carácter arbitrario.

—A la cabeza de los ilustres prosritos por las leyes referidas debe figurar el valeroso Prelado cuyo retrato publicamos en la pág. 28.

Nació el cardenal Ledochowski en Gorki, el 29 de Octubre de 1822.

Educado por su distinguida familia con el esmero de su clase, mostró desde jóven vocacion por el sacerdocio. Cuando lo hubo obtenido, quiso fortalecer su espíritu con empresas apostólicas, y marchó á la América española, donde se ejerció en los ministerios sagrados, y especialmente en la predicacion.

De vuelta á Alemania, se dió á conocer por su vasta instruccion y por su carácter euérgico, y mereció, siendo bien jóven, ser elevado al episcopado, donde le esperaban rudos combates.

Ocupando la silla metropolitana de Posen, le sorprendieron las famosas leyes de Mayo, y fué tal la energía con que las combatió y tan inquebrantable su conducta de oposicion al gobierno de Bismark, que despues de muchos atropellos y vejaciones tuvo que salir de su diócesis y refugiarse en Roma.

Pio IX le acogió en su propio palacio, y para recompensar sus muchos méritos le creó Cardenal el 15 de Marzo de 1875.

En la actualidad reside en Roma, tan querido de Leon XIII como lo fué de Pio IX, y presta grandes servicios á la Secretaría de Estado en los asuntos de Alemania.

¿Volverá á su silla de Posen? Es difícil, porque su influencia en Alemania es tan poderosa, que inquietaria al Gobierno y le causaria recelos. Sin embargo, hay quien lo cree probable, despues de la derogacion de las leyes de Mayo obtenida en el Parlamento, y esto solo basta para demostrar que en Alemania se cree en la posible sinceridad de la conducta de Bismark, tan preocupado con la cuestion de Roma.

**Rusia.**—Una señora respetable, conocida por su inagotable caridad, acaba de recibir del interior de Rusia una carta de la que publicamos un extracto como muestra de sinceridad y sencillez. Está escrita con lágrimas y concebida en estos términos:

«...Agobiados por grandes desventuras, nos tomamos la libertad de presentaros nuestras súplicas. Despues de los acontecimientos de 1853 fuimos enviados á trabajos forzados en Siberia por 12 ó 20 años. En 1879 se nos transportó al distrito de Waldolga, en donde, sin medio alguno de subsistencia, estamos diseminados por los pueblos. La mayor parte de nosotros son sacerdotes septuagenarios ú octogenarios que han consagrado toda su vida al santo apostolado de la doctrina del Salvador del mundo. Despues de haber sufrido tantos años por la verdad y la justicia, hemos llegado á tal estrechez que no tenemos con que comprar un pedazo de pan, y Dios nos es testigo que pasamos dias enteros sin el menor alimento.»

**Africa central.**—El «Museo delle Missioni cattoliche» publica la carta siguiente, probablemente una de las últimas que escribió el malogrado Ilmo. Comboni. Trae la fecha de 1.º de Octubre de 1881, y va dirigida al P. Martini, misionero de la Nigricia, á la sazón en Italia.

«En Nuba he hecho una magnífica exploracion sobre todas las montañas, y he levantado un nuevo plano de todo el país, que haré imprimir en breve. El P. Losi ha com-





CARTAGO. — Plano del terreno y de las ruinas, levantado y dibujado en 1831 por Falbe. (Pág. 46).



puesto un diccionario de la lengua indígena, conteniendo 3,000 palabras usuales.

«Hemos decidido instalarnos en los territorios en que se hablan el denka y el berica, dialectos de los que diez y seis años há tenemos gramáticas y diccionarios.

«Vamos á fundar una Mision en la provincia del Bahr-el-Ghazal, atendida la prosperidad de esta comarca y las instancias del gobernador Loftus-bey, de Lóndres, sucesor de Gessi. La travesía se hará, no por el rio Blanco, sino desde El-Obeid por el Bahr-el-Ghezal y el Alberto-Nyanza.

«Es probable que próximamente iré con Rauf-bajá desde Karthum á Alberto-Nyanza, exploraremos las orillas de este lago, y estaremos en la capital de la Nigrícia á fines de Noviembre. Pero á nadie comuniquéis este proyecto; que no se imprima cosa alguna de estas líneas, pues prefiero hacer las cosas antes de decirlas.»

—A continuación transcribimos una carta que el mencionado Rauf-bajá, gobernador general del Sudan, habia escrito poco antes al Ilmo. Comboni. Es este documento señalada muestra de la gran consideracion en que era tenido el difunto Prelado, y atestigua además lo irreparable de su pérdida.

*A S. E. I. Mons. Comboni, obispo y vicario apostólico del Africa central.*

Monseñor: He sabido con gran satisfaccion vuestra llegada al Kordofan, al propio tiempo que el feliz efecto que produce vuestra presencia en el país. La situacion de este era aflictiva, segun me han dicho, por causa de la sequía, y no dudó que debe agradecerse á vuestras oraciones que el Cielo se haya dignado favorecerle con una lluvia benéfica. Quiera Dios que por todas partes acompañen vuestra presencia tan felices resultados. Por su parte esos pueblos en su gratitud os seguirán con sus bendiciones.

Al presente debéis haber llegado á Djebel-Nubas, y por consiguiente os ruego, Monseñor, que tengais á bien observar el país y su administracion para que podamos tomar las medidas necesarias al bienestar y á la prosperidad de sus habitantes.

Sobre todo la cuestion de la esclavitud debe ser objeto de un profundo estudio. Fácil os será, sobre el terreno, ver las faltas que se cometen y proponer los remedios más adecuados y eficaces. En mi encontraréis, Monseñor, el más fuerte apoyo para el cumplimiento de las órdenes de Su Alteza el Jedive, tanto más cuanto, como no ignorais, tales órdenes guardan completa conformidad con mis propios pensamientos.

Persuadido de los sentimientos de humanidad que os animan, no dudo que tomaréis en consideracion la súplica que os dirijo, y que á pesar de la molestia que esto pueda causaros no dejaréis de ayudarme con vuestras luces y sábias advertencias en tan importante cuestion.

Creo será de vuestro agrado la noticia de que he nombrado un oficial con cien soldados para la vigilancia de Djebel-Nubas; medida que á no dudarlo será bien acogida por el país y particularmente por la Mision.

Dignaos admitir, Monseñor, la expresion de mis distinguidos sentimientos.

*El gobernador general del Sudan,  
Rauf-bajá.*

—Nuestro grabado de la pág. 29 representa el interior de la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazon, en El-Obeid, construida por el Ilmo. Comboni y sus misioneros. De este templo, el mayor que existe en honor del Dios verdadero en el Africa central, escribia el Ilmo. Comboni poco tiempo antes de su muerte:

«La construccion de este monumento de la fe y de la civilizacion cristiana nos ha costado enormes fatigas, pues en estos países bárbaros no se encuentran los materiales necesarios para un edificio regular europeo. No obstante, hemos ahorrado muchos gastos porque no ha sido necesario retribuir á un solo indígena: todo ha sido obra de nuestros misioneros, de nuestros catequistas, de nuestros Hermanos legos y de nuestros alumnos originarios de diversas tribus del ecuador. El arquitecto ha sido el reverendo Vicente Marzano, á quien últimamente ordené presbítero en Khartum.»

**Estados-Unidos.** — En el «Monitor» de San Francisco de California hemos encontrado una correspondencia llena de interesantes pormenores sobre un misionero de aquella diócesis.

«Durante mi permanencia en Stockton, escribe el correspondal del periódico protestante, he tenido el placer de encontrar al P. William O'Connor, celoso y popular sacerdote que visita anualmente á diversas tribus indias del Estado de California. Basta verle para comprender que no es un hombre vulgar. Viste hábito de dominico, y tal vez hay que atribuir á esta circunstancia la admirable similitud que le noté con su ilustre hermano de religion, el P. Burke. El P. O'Connor es aleman de nacimiento, pero habla bien el inglés. Hace ocho años fué expulsado de Guatemala con otros Dominicos, culpables como él del «enorme crimen» de predicar á Cristo crucificado. En dicha República el P. O'Connor habia evangelizado á los indios; de modo que, al llegar á California, ya tenia una experiencia consumada en este género de apostolado. Por espacio de cinco años ha trabajado en medio de los indios, viviendo como ellos, comiendo á veces carne de caballo ó de perro, y más comunmente langostas asadas y otros insectos del lago Mono.

«La primera localidad visitada por el P. O'Connor fué el condado de Calaveras, cerca de West-Point, en donde encontró una pequeña tribu que instruyó y convirtió. Dirigióse despues al condado de Mariposa, en donde bautizó 150 salvajes. A la sazón fué á su encuentro una diputacion de indios Fresno; el misionero acogió su peticion, y la tribu, compuesta de 300 individuos, entró toda en el seno de la Iglesia católica.»

Entonces fué cuando el P. O'Connor estuvo á punto de ser asesinado por algunos malvados cuya conducta escandalizaba á todo el país.

«Hace de esto tres años, decia el mismo P. O'Connor al periodista. Un dia, mientras celebraba la misa en nuestra capilla de madera, dos ginetes trataron de entrar con sus caballos; pero como la puerta era demasiado baja, saltaron en tierra y penetraron en el lugar santo. Despues de haber dispersado á los asistentes, me insultaron groseramente y me obligaron á dejar el país. Neguéme á ello hasta haber terminado mis trabajos, y entonces me amenazaron con agarrotarme y expulsarme á la fuerza.

«Al dia siguiente dirigime á Batchee-Hootch, otro pueblo indio del mismo condado. Por el camino ví tendido bajo un árbol á un jóven moribundo. Acerquéme á él, instruíle apresuradamente en las verdades religiosas más importantes, y á instancia suya le bauticé. Continuando mi camino llegué á Ranchería, en donde me esperaban 400 indios. Les expuse los principales dogmas del Catolicismo, y me quedé en su compañía hasta muy entrada la noche, respondiendo á las preguntas que los jefes me dirigian sobre Dios, la vida futura, etc. Lleno de fatiga tendime al fin sobre un monton de yerba seca. Nunca he tenido un sueño tan reparador, y la Providencia me lo concedió sin duda á causa de la ruda jornada que me esperaba. Por la madrugada trajéronme los indios harina de bellotas hervida, y como sentia el hambre, hice honor á este plato de nuevo género.

«Al asomar el sol tomé medidas para una iglesia de 100 piés de largo por 50 de ancho. Mientras conversaba con los dos jefes, dirigiéronse á nosotros cinco ginetes armados de fusiles y revolvers, y uno de ellos me interrogó con viveza: «¿Tú aquí todavía?» Y otro añadió: «Toma tu caballo, y marcha presto.» Preguntéles si eran los propietarios del terreno donde queria construir mi iglesia, y su respuesta fué afirmativa. Viendo que agitaba á los indios una cólera sorda, y deseoso de evitar la menor efusion de sangre, cedí: los desconocidos me hicieron montar un jaco, y partí á buen trote, lanzándose aquellos en mi seguimiento. Uno se divertia burlándose de las creencias y ceremonias cató-



licas; otro redoblaba sus golpes sobre mi cabalgadura para acelerar su carrera. El animal tenía un galope muy duro, y debía asirme de él con todas mis fuerzas. Pero, léjos de dejar traslucir mis aprensiones, me chanceaba con mis perseguidores y les echaba en cara el haberme dado tan ruin cuadrúpedo. El que me seguía más de cerca tenía un revolver apuntado contra mí, y sin duda para calmar mis nervios sobrecitados, no cesaba de entonar una canción cuyo estribillo era: «Capitan, ¿á dónde enviaré mi bala?»

«De este modo atravesámos 16 kilómetros por montes y valles. Llegados á Green-Valley, detuviéronse cerca de un corpulento árbol, y me dijeron:

«—Por pura bondad de alma no te hemos muerto... Pero si vuelves jamás allá abajo, te colgarémos de este árbol.

«Acompañáronme otros 16 kilómetros y me dejaron. Apenas les perdí de vista, retrocedí, dirigiéndome á una tribu de Fresno que me conocia. Aquella brava gente sintió grande alegría al verme de nuevo, pues sabian lo que me había acontecido. Díjeles que me prestasen un sombrero, envolvíme en una manta india, me cubrí el rostro con un pañuelo, y disfrazado de este modo regresé á media noche á Ranchería, de donde me habían violentamente expulsado. Sorprendidos y encantados de mi vuelta, los salvajes encendieron una gran fogata á orillas del río San Joaquín: inmediatamente se reunieron todos; acabé de instruirles en la Religión, y aquella misma noche bauticé á cuatrocientos. Hablaban todos de matar á los blancos que se me habían llevado, y no sin gran trabajo obtuve de ellos la promesa de que se mantendrían tranquilos. Por la mañana me despedí de mis queridos neófitos; feliz por haberlos engendrado á la vida de la gracia, pero afligido por no poder prolongar mi estancia en medio de ellos.»

— En los Estados-Unidos y en el Canadá los Hermanos de las Escuelas cristianas cuentan más de 70,000 alumnos en sus 25 colegios y 170 escuelas parroquiales. En todo el mundo su Sociedad consta actualmente de 15,000 individuos, que se dedican á la educación de muchos cientos de miles de niños en Europa, Asia, Africa y América.

**Borneo (Oceania).**—El Padre Jackson, de la Sociedad de las Misiones extranjeras de Mill-Hill, cerca de Londres, partió de Madras para Singapore en el vapor «Peshawer.» El nuevo prefecto apostólico de Borneo va á juntarse con sus compañeros de apostolado, y se propone penetrar con ellos todo lo posible en la tierra inmensa que la Santa Sede confía á su celo.

**Sandwich (Oceania).**—El P. Herman Kœchemann, de la Congregación de los Sagrados Corazones, nombrado obispo de Alba «in partibus» y coadjutor del Vicario apostólico de las islas Sandwich, recibió en Agosto último la consagración episcopal en la catedral de San Francisco de California, de manos del arzobispo Sr. Alemany.

Hace treinta años que el nuevo obispo ejerce el ministerio apostólico en las islas Sandwich.

## ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ,

POR EL SR. E. DE SANTA MARÍA.

### INTRODUCCION.



UANDO el Cristianismo salió de Judea para extenderse por el mundo antiguo, hizo prosélitos en los puntos más opuestos del Mediterráneo, y supongo que penetró en Cartago al mismo tiempo que en Roma.

Estas dos ciudades, en efecto, mantenían incesantes relaciones marítimas con el Asia, y así como los prime-

ros Apóstoles aparecieron en Italia desde el origen de la fe, del mismo debieron abordar muy pronto á las playas del Africa septentrional. Sin embargo, no es conocido el nombre del primer apóstol que evangelizó á Cartago, y todo se reduce á meras conjeturas.

Sea lo que fuere del origen del Cristianismo en esta ciudad, san Cipriano nos dice que á fines del siglo II se contaban numerosos obispados en la Zeugitana y en la Bizacena (Túnez actual). Tal es también la opinión del Ilmo. Dupuch, primer obispo de Argel, en su *Essai sur l'Algérie*.

Morcelli, que nació en Chiari (provincia de Brescia) el año 1737, es el autor más distinguido que puede consultarse acerca la historia de la Iglesia de Cartago. Su libro intitulado: *Africa Christiana* (Brescia, 1817-1818, 3 tomos en 8.º) exigió prolijas investigaciones y es el resumen histórico más completo de las vicisitudes religiosas de Cartago cristiana. El Ilmo. Dupuch se limitó á seguir el plan adoptado por Morcelli.

El Sr. Yanoski publicó en la colección del *Univers*, de Didot, una monografía acerca del Africa cristiana, que es asimismo una obra inspirada por Morcelli.

Los *Anales de la propagación de la fe* insertaron en Julio y Setiembre de 1867 algunas noticias acerca el vicariato apostólico de Túnez, redactadas con los informes que proporcionó el P. Anselmo des Arcs, canciller del Obispo; pero el autor se limitó á dar una ligera idea de la Iglesia de Cartago desde su origen hasta la Edad media, y extendióse con preferencia en la parte relativa á la historia religiosa de las Misiones cristianas en el período de 1623 hasta nuestros días. Los documentos que consultó dicho Padre son los archivos de la Iglesia de Túnez, y tuvo la paciencia de clasificarlos y condensar sus principales elementos en dos volúmenes manuscritos. Debo á su bondad el tener conocimiento de ellos, y frecuentemente, en el curso de este relato, me cabrá el placer de aprovecharme de ellos. Sólo una cosa me da pena al leer estas memorias: el que comiencen tan tarde y que se callen por completo acerca la historia de la Iglesia de Cartago.

Las obras que pueden consultarse acerca el particular son sumamente raras. Dom Ruinart nos dejó una *Histoire de la persécution des Vandales* (Paris, 1 tomo en 8.º, 1694); pero es un asunto muy restringido, al que es lástima se redujera un autor tan autorizado. Entonces, como ahora, escaseaban los materiales.

En los tiempos modernos parece que todos los escritores eclesiásticos han abandonado este campo tan fecundo en mártires, y Cartago sólo ha tenido á Morcelli para ilustrar sus fastos cristianos. En nuestros días el señor Enrique Guys, antiguo cónsul de Oriente, ha escrito: *Recherches sur la destruction du christianisme dans l'Afrique septentrionale* (Paris, 1865), libro que el lector podrá consultar útilmente. A aquellos á quienes particular interés mueva al estudio de la historia religiosa de Cartago, recomiendo las siguientes obras:

- 1.ª *Bullarium Ordinis FF. Prædicatorum*, Romæ, 1739;
- 2.ª *Les Missions chrétiennes*, por Marshall, traducción del Sr. L. de Waziers;
- 3.ª *Vindiciæ actarum sanctæ Perpetuæ et Felicitatis*, en 4.º, por el cardenal Orsi;
- 4.ª *Les Frères des Écoles chrétiennes à Tunis*, por Fr. Pedro Angèle (Bulletin de l'Œuvre des Écoles d'Orient, Noviembre de 1871 y Enero de 1873);



5.<sup>a</sup> *Les Établissements catholiques dans la régence de Tunis*, por Víctor Guérin (Boletín citado, Enero de 1865);

6.<sup>a</sup> *Saint Ciprien et l'Église de Carthage*, París, 1848, en 8.º, por Fabre;

7.<sup>a</sup> *La Chapelle de saint Louis à Tunis*, 19 láminas, folio menor. Lecureux, 1874, n.º 12,375;

8.<sup>a</sup> *Saint Vincent de Paul, sa vie, son temps, ses œuvres, son influence*, por el Rdo. Maynard, París, 1860;

9.<sup>a</sup> *Histoire de la Barbarie et de ses corsaires*, por el P. Pedro Dax, París, 1849;

10. *État du royaume de Barbarie*;

11. *Litaniæ sanctorum Africarum*, Argel, imprenta Jourdan;

12. *Proprium sanctorum Diœcesis Algeriensis*, Argel, Bastide, 1866.

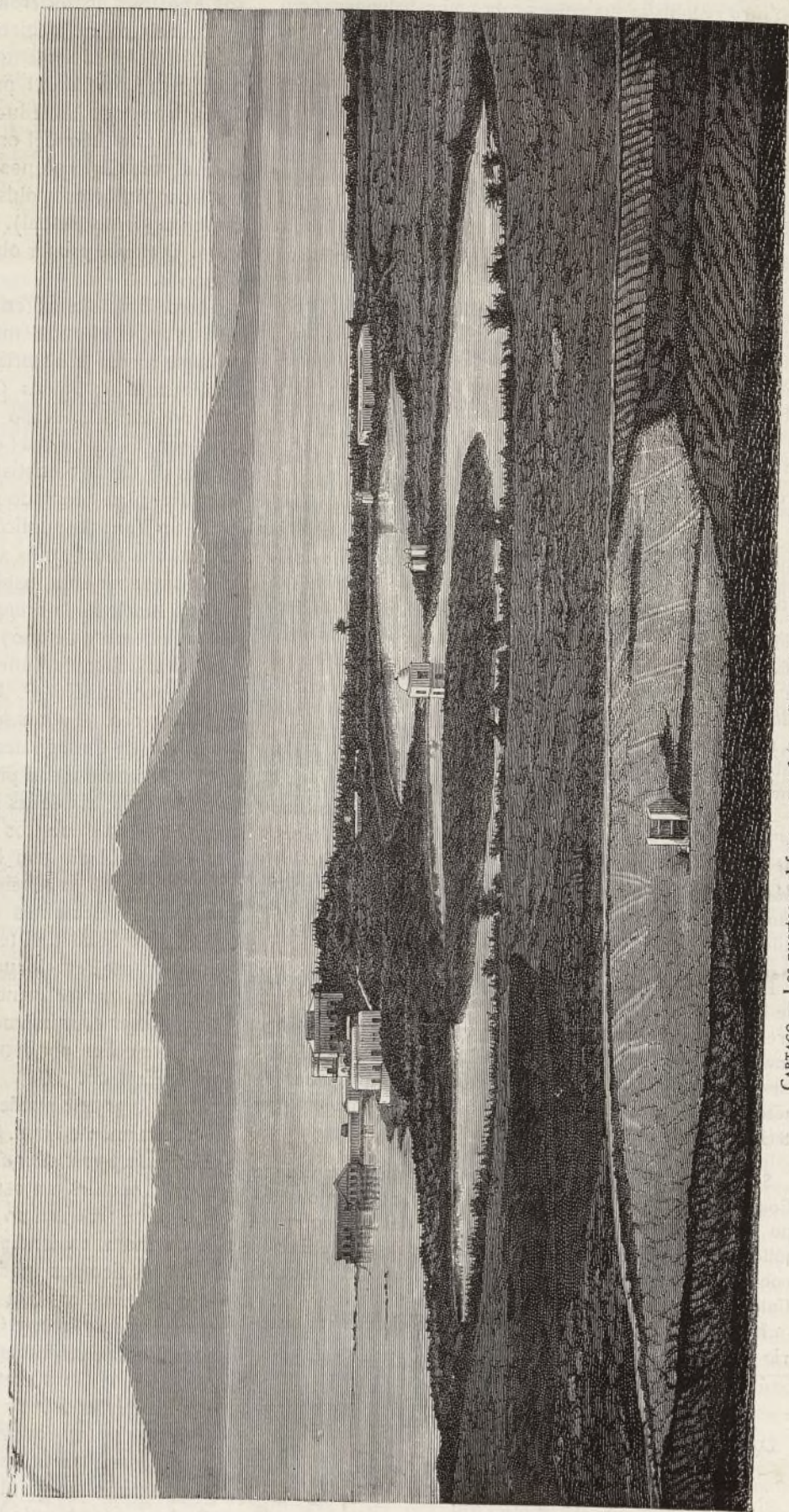
Con estos materiales, muchos casi todos por lo que respecta á la existencia de cristianos en Túnez desde la invasión de los árabes hasta la conquista de Carlos V (698-1535), deberá suplirse el considerable vacío que ningún autor llenó todavía.

El *Essai* del Ilmo. Dupuch y el *Africa christiana* de Morcelli contienen la historia del origen de la fe hasta la conquista de los vándalos. El Sr. Yanoski da útiles detalles acerca el período vándalo y la querrela de los Donatistas.

Tertuliano y san Agustín traen las actas del martirio de las santas Felicitas y Perpetua y de sus compañeros. Las historias eclesiásticas proporcionan pocas noticias acerca las persecuciones de Cartago, y sólo tenemos raras obras especiales, como por ejemplo las que se escribieron referentes á san Cipriano y á san Vicente de Paul, cautivo en Túnez, que podemos poner á contribucion para suplir el silencio de los otros libros. Así, antes de abordar este asunto suplico al lector tome en cuenta la escasez de materiales que he tenido á mano, y cuán difícil me fué agrupar los pocos capítulos consagrados á la historia religiosa de Cartago antigua y á investigaciones acerca la existencia del Cristianismo en Túnez desde la venida de Hassan el Arabe hasta la de Carlos V. La posibilidad de describir los lugares á la vista y de sacar algun provecho de la topografía, me ha decidido á trazar á grandes rasgos el pasado de una Iglesia que se honra con distinguidos santos. Por otra parte, el celo con que

el Ilmo. Lavigerie, arzobispo de Argel, preludia la restauracion de esta Iglesia ilustre, me ha sugerido la idea de reunir en un solo haz los datos esparcidos en diversas obras sobre Cartago cristiana y sobre el estado actual del Cristianismo en Túnez.

¡Ojalá la topografía religiosa de Cartago y la historia de tantos ilustres mártires no se encuentren empeque-



CARTAGO. — Los puertos y el foro, según fotografía del Sr. Catalanotti. (Pág. 46).



ñecidas en este relato, cuyo principal mérito será la concisión!

#### PRIMERA PARTE.

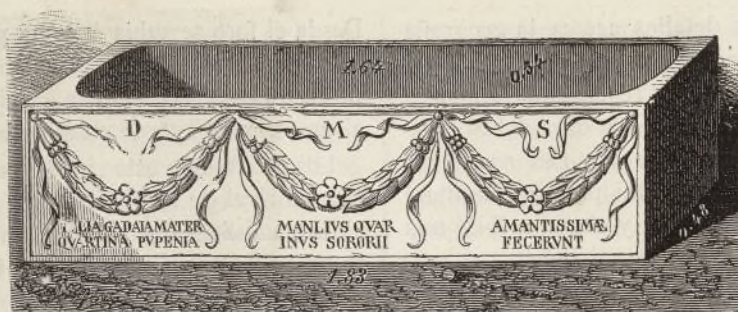
##### I.

Geografía antigua de Túnez.

El Norte de Africa fué muy pronto colonizado por los fenicios, quienes fundaron allí la ciudad de Cartago y exploraron los primeros sus costas hasta más allá de las columnas de Hércules.

Hannon, siete ú ocho siglos antes de Jesucristo, llegó con su nave, según Gosselin, hasta el cabo Bojador (Grande Atlas, latitud N. 26° 48' 10", long. O. 16° 49' 20"), y Nechao, rey de Egipto (617-601 antes de Jesucristo), comisionó más tarde á algunos navegantes fenicios para que diesen, de Oriente á Occidente, la vuelta al Africa. Los romanos, dueños del Africa septentrional por la ruina de Cartago (146 antes de Jesucristo) y por la caída de los príncipes númidas (17 antes de Jesucristo), la dividieron en seis provincias: la Mauritania Tingitana, la Mauritania Cesariana, la Numidia, la Mauritania Sitifiana, la Bizacena y la Zeugitana (Africa propria), que corresponde á Marruecos, Argel y Túnez. Bajo Constantino estas provincias fueron repartidas entre las prefecturas de las Galias y del Africa. La actual regencia de Túnez fué representada en otro tiempo por la Zeugitana, la Bizacena y por la costa oriental de la Numidia, que todas tres hacían parte de la diócesis de Africa.

Los principales promontorios de la Zeugitana eran el cabo Blanco (*Candidum promontorium*), el cabo Apolion (*Apolonium promontorium*) y el cabo Mercurio



CARTAGO.—Sepulcro romano de la Zeugitana, encontrado en Mahomedia, cerca de Túnez. (Pág. 47).

con citar las más notables, con los nombres árabes modernos al lado de los antiguos:

<i>Adis,</i>	Rhades.	<i>Putput,</i>	Hamamat.
<i>Carpi,</i>	Korbes.	<i>Theudalis,</i>	Monzel Djemil.
<i>Cartago,</i>	Cartago.		Tuburba.
<i>Castra-Cornelia,</i>	Henchir Bu Fares.	<i>Tuburbo,</i>	Duga.
<i>Clypea,</i>	Galipia.	<i>Tbugga,</i>	Túnez.
<i>Curubis,</i>	Kurba.	<i>Tunetum,</i>	Tebursuk.
<i>Hippo-Zaritos,</i>	Biserta.	<i>Tibursicumburæ,</i>	Sidi Bu Chateur.
<i>Maxula-Colonia,</i>	Hamam El Lif.	<i>Utica,</i>	Audna.
<i>Misua,</i>	Sidi Daud.	<i>Uthina,</i>	Zaghoan.
<i>Neapolis,</i>	Nebeul.	<i>Zeugitanus mons,</i>	Djugar.
<i>Oppidum Materense,</i>	Mateur.	<i>Zucchara civitas,</i>	

La Bizacena, cuyo principal cabo se apellidaba *Ammonis promontorium*, no tenía ningún río importante; pero estaba limitada al Sur por el lago Triton (*Schott Faraim*), cerca del cual vivían, según Heródoto, los Lotofages. Sus más grandes ciudades eran:

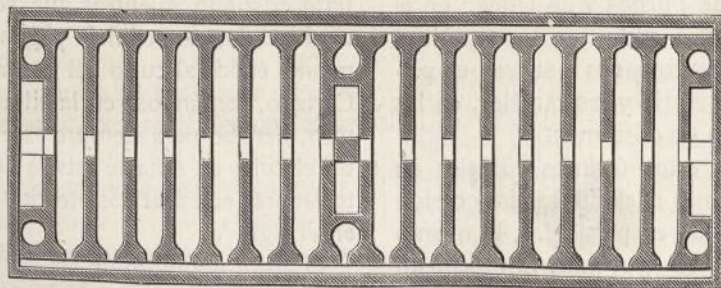
*Hadrumetum*, Susa.  
*Leptis parva*, Lemta.  
*Meninx*, Gerba.  
*Ruspina*, Monastir.  
*Tacape*, Gabes.  
*Thapsus*, Cerca de Mehedia.  
*Thenæ*, Henchir Thiné.  
*Tapbrura*, Sfax.  
*Thysdrus*, El-Djem.

Hé aquí los nombres de algunas ciudades de la Numidia, comprendidas hoy en el territorio de Túnez:

*Assuras*, Hanchir Zufur.  
*Bissica Lucana*, Testur.  
*Capsa*, Gafsa.  
*Gemellas*, Sidi Aich.  
*Mustis*, Hanchir Mest.  
*Sicca Veneria*, Kef.  
*Suffetula*, Sbitla.  
*Suffibus*, Sbiba.  
*Tabraca*, Tabarca.  
*Thala*, Thala.  
*Vaga*, Dugga.  
*Zama regia*, Zuarim.



CARTAGO.—Las cisternas, según fotografía del Sr. Catalanotti. (Pág. 47).



CARTAGO.—Plano de las cisternas de orillas del mar. (Pág. 47).



Los que apetecieren más detalles acerca la geografía del Africa septentrional pueden consultar el *Voyage archéologique* del Sr. V. Guérin en la regencia de Túnez (2 tomos, París, Enrique Plon, 1862) y la obra del Sr. Tissot, ministro de Francia en Marruecos: *Des routes romaines du Sud de la Byzacène*. Por mi parte me limitaré aquí á estas indicaciones generales, y circunscribiré mis investigaciones al estudio de Cartago cristiana.

## II.

### Topografía general de Cartago púnica y romana.

¿Cuál es el origen y el pasado de esta ciudad esclarecida por tantos y tan ilustres santos y mártires? ¿Cuál fué el estado de Cartago antes del Cristianismo? Tales son las preguntas á las que responderé brevemente antes de investigar los lugares en donde gran número de cristianos confesaron la fe y más tarde se elevaron magníficas basílicas en honor del verdadero Dios.

Los fenicios se encontraron muy pronto harto estrechos en la costa de Siria. Despues de la colonización de Sicilia y al cabo de mucho tiempo de la fundación de Utica, una colonia de Tiro, á la cual la fábula atribuye una graciosa conductora, vino á abordar al cabo de Cartago, en donde fundó *Kart-Hadacht*, *Carthago*, Cartago. Dido, hermana de Pigmalion, rey de Tiro, fundó esta ciudad, segun refiere Virgilio. San Jerónimo, á cuya autoridad asienten varios autores, dice que Zoro y Carquedon fueron los fundadores de la nueva colonia. Sea lo que fuere, el Sr. Beulé es de parecer que Cartago tuvo su origen por los años 813 antes de Jesucristo.

Polibio cuenta que esta ciudad estaba situada cerca de un golfo, en una especie de península que rodeaban, en la mayor parte de su circuito, por un lado el mar y por otro el lago de Túnez.

Desde este último punto se divisaba Cartago, cuya posición ha sido precisada por los Sres. Falbe, Dureau de la Malle y Beulé. El mejor plano que puede consultarse de la ciudad didónica es el que el capitán Falbe, cónsul general de Dinamarca en Túnez (1830-1834), añadió al folleto editado en la imprenta Real el año 1833. Dureau de la Malle dió de él una apreciable reducción limitada á Cartago púnica.

Los principios de la colonia tiria fueron muy modestos. Contentóse con ocupar la colina de Byrsa, en donde hay actualmente la capilla de San Luis: esta fué la ciudadela del naciente pueblo. En tiempo de las guerras púnicas los muros del circuito de Cartago formaban una triple línea de defensa que iba de la *Toenia* (1) al lago de Sukra. Las principales puertas de las murallas eran las de Tapsos, de Tevesta, de Furnos y de Utica. En la altura de Byrsa los cartagineses edificaron un templo á Esculapio y otro á Dido, y los romanos á su vez el palacio del procónsul con el pretorio y las cárceles, en las que padecieron gran número de cristianos.

Con frecuencia se nombra estos últimos edificios en las Actas de los Mártires, y más adelante tendré ocasión de hablar de cada uno de ellos en particular, lo mismo que del foro, situado entre Byrsa y el mar. El procónsul tenía en esta plaza su tribunal, y desde allí gran número de confesores fueron enviados á las fieras y al suplicio.

(1) La *Toenia* es el terreno comprendido entre el lago de Sukra y el mar.

Desde el foro se subía á Byrsa por una escalera de mármol; y este camino lo recorrieron á menudo los cristianos á quienes se conducía, desde las cárceles inmediatas al pretorio, al agora cartaginesa.

Los puertos de esta ciudad marítima, durante mucho tiempo rival de Roma en el mar y en la tierra, estaban situadas al Sudeste de la capilla de San Luis, en el punto preciso en que se encuentra hoy día la casa de campo del Bey. Los dos pequeños lagos que allí se ven actualmente son, no un resto de los puertos como pudiera creerse, sino un ensayo de restauración parcial intentada algunos años há por los hijos del primer ministro.

«Los dos puertos, dice Apiano, comunicaban entre sí y con el mar por una sola entrada, de 21 metros 5 centímetros de ancho, que se cerraba con cadenas de hierro. El primero era el puerto de los comerciantes y podía contener gran número de naves. En medio del puerto interior se levanta una isla, rodeada de vastos muelles lo mismo que el puerto... En ella había el palacio del almirante.»

Escipion, despues de la toma de Cartago, demolió en parte los muros de los puertos, cuyas entradas habían sido cerradas, durante las operaciones, con un dique marítimo; pero los colonos romanos conducidos por los Gracos restauraron los puertos: los cartagineses les dieron el nombre de Cothon, y en el siglo IV se les llamó Mandracios. Estos puertos eran enteramente artificiales; de ahí les viene el nombre de Cothon (cortadura, excavación; véase la raíz hebraica y árabe *kataa*, cortar). Sobre esta parte de Cartago el Sr. Beulé ha hecho preciosas investigaciones que pueden leerse en su libro *Fouilles à Carthage* (París, imprenta imperial, 1862).

El templo de Apolion, probablemente el de Melcarth, el Hércules tirio, estaba situado cerca del foro, lo mismo que la curia, en donde el Senado tenía á veces sus sesiones: el templo de Esculapio parece que también sirvió con frecuencia para el primer objeto. El Sr. Falbe coloca el templo de Apolion en el número 55 de su plano.

El edificio consagrado á Juno Celeste (Astarté-Tanith), la gran diosa de Cartago, estaba frente de Byrsa, en la colina inmediata. Diversos autores quieren que este monumento fué comprendido en el recinto de Byrsa. Un patio de 2,945 metros precedía al templo de Astarté, en donde se encerraba el famoso *peplos* ó *velum*, que era como el paladion de la ciudad. El *bieron* (1) comprendía otros diversos altos consagrados á divinidades inferiores. En 421 el emperador Constantino hizo arrasar este templo, segun creen unos, convirtiendo su solar en cementerio cristiano, mientras que, segun Tertuliano, si no voy equivocado, este edificio pagano fué consagrado por la misma época al culto del verdadero Dios. El Obispo de Cartago, sentándose en la silla del gran sacerdote de Tanith, derribó para siempre este ídolo mudo. No obstante, el culto de Astarté estaba tan arraigado, que los historiadores eclesiásticos atestiguan que se practicaba aún en el siglo V.

El autor anónimo de las *Promesses et prédictions*, que vivió hácia el año 398 de Jesucristo, nos dejó una descripción del templo de Astarté, y los Padres de la Igle-

(1) Antiguamente recinto en el cual había solamente un altar al aire libre.



sia, lo mismo que Tertuliano, contienen acerca este punto minuciosos detalles.

Los cartagineses trajeron de Tiro el culto de los dioses y diosas de la madre patria. Melcarth, dios de la luz solar, era el Hércules púnico, el protector de Tiro y de todas las colonias fenicias. Eschmun-Esculapio era el dios protector de Byrsa, en donde tenía su templo. Moloch ó Saturno era el primer dios del Olimpo cartaginés y dueño del tiempo, el Cronos de los griegos. Astarté ó Tanith, llamada Juno Celeste por los romanos, estaba asociada á este dios, y como él tenía en Cartago un templo muy frecuentado. Estos cuatro dioses principales simbolizaban el tiempo, el cielo, la luz y la salud. Parece que los romanos introdujeron luego en la ciudad de Dido el culto de Ceres y Proserpina.

La religion de los cartagineses era cruel y materialista: los misterios de Tanith y los horribles sacrificios humanos ofrecidos á Moloch no eran por cierto á propósito para elevar el espíritu de un pueblo cuyas divinidades eran incesantemente vengativas y materialistas. Fué necesaria la venida del Cristianismo para hacer de Dios el Sér bueno, indulgente y compasivo, desconocido de los antiguos, y que Sócrates llegó á entrever.

Al principio los cartagineses tuvieron una necrópolis junto á Byrsa, esto es, al lado de Malka; pero cuando la ciudad tomó incremento enterraron sus muertos encima de la Marsa, en el monte Creuse (Gebel-Kaui). Esta costumbre semítica de enterrar los muertos, en vez de quemarlos como hacían los romanos, persistió aun despues de la conquista, y el Cristianismo le dió la consagracion de su autoridad. Las necrópolis de Cartago han sido excavadas muchas veces, y es casi imposible encontrar una tumba intacta. Estas estaban bajo el suelo, y se llegaba á ellas por una puerta disimulada. Al rededor de la pieza central habia nichos á derecha, á izquierda y en el fondo, para servir de lechos funerarios. Adjunto doy el diseño de una de estas tumbas (1).

Cartago estaba dividida en diversos barrios, siendo los principales Byrsa, Megara, Mappales, el Forum, etc. En cuanto á las calles, la historia no nos ha conservado sino los nombres de algunas: Via Cœlestis, Via Senis, Via Memoriae, etc.

Abastecian de agua la ciudad cisternas públicas, situadas en el pueblo de Malka y á orillas del mar, debajo del Fuerte Nuevo. Yo mismo he medido las cisternas inmediatas al mar. Tienen 139 metros de longitud por 37 de anchura; son abovedadas y se dividen en compartimientos. Poseen depósitos circulares, por donde pasan las aguas antes de ser distribuidas en la ciudad. Estas cisternas, como las de Malka, eran de construccion cartaginesa.

Cuando Adriano vistió la púrpura imperial, Cartago habia sido reconstruida y embellecida sucesivamente por Cayo Graco, Julio César y Augusto; mas era á veces difícil procurarse agua en esta ciudad, alimentada solamente por cisternas privadas y por dos públicas. La sequía, como hemos visto en los tiempos modernos, podia dejar vacíos, en un momento dado, los diversos receptáculos de agua, poniendo así en peligro la existencia de una poblacion considerable. Los primeros co-

lonos habianse dado prisa en reparar las cisternas de Malka y las de orillas del mar. No obstante, en el siglo II despues de J. C., la distribucion de las aguas se hizo insuficiente á causa de las nuevas termas construidas por los Romanos y de los numerosos jardines abiertos por la parte de Sukra y de Marsa. En un viaje que Adriano, el gran arquitecto imperial, hizo á Cartago el año 125 despues de J. C., resolvió abastecer de aguas vivas la ciudad. Al efecto, fué preciso buscar á larga distancia un manantial para dirigirlo hácia Cartago. La llanura que se extiende á derecha é izquierda del lago de Túnez, lo mismo que la de en frente del Bardo, están sin agua; de manera que los ingenieros de Adriano debieron ir hasta Zaghuan y Djugar para descubrir aguas corrientes. Estos dos puntos distan por término medio 110 kilómetros del punto á donde se trataba de hacerlas llegar, y además entre Zaghuan y el mar existian numerosas elevaciones del suelo. En consecuencia debióse construir un gigantesco acueducto á través de montes y valles, que pasase por la Mahomedia, detrás del Bardo, desfilando por las colinas de Ariana, yendo á pagar el tributo de sus aguas en las cisternas de Malka, trocadas de este modo en receptáculos repartidores. El agua circuló por todas partes mediante la construccion de conductos, y ciertos vestigios de mampostería me revelan que el anfiteatro podia ser inundado de agua en determinados dias y convertido en naumaquia.

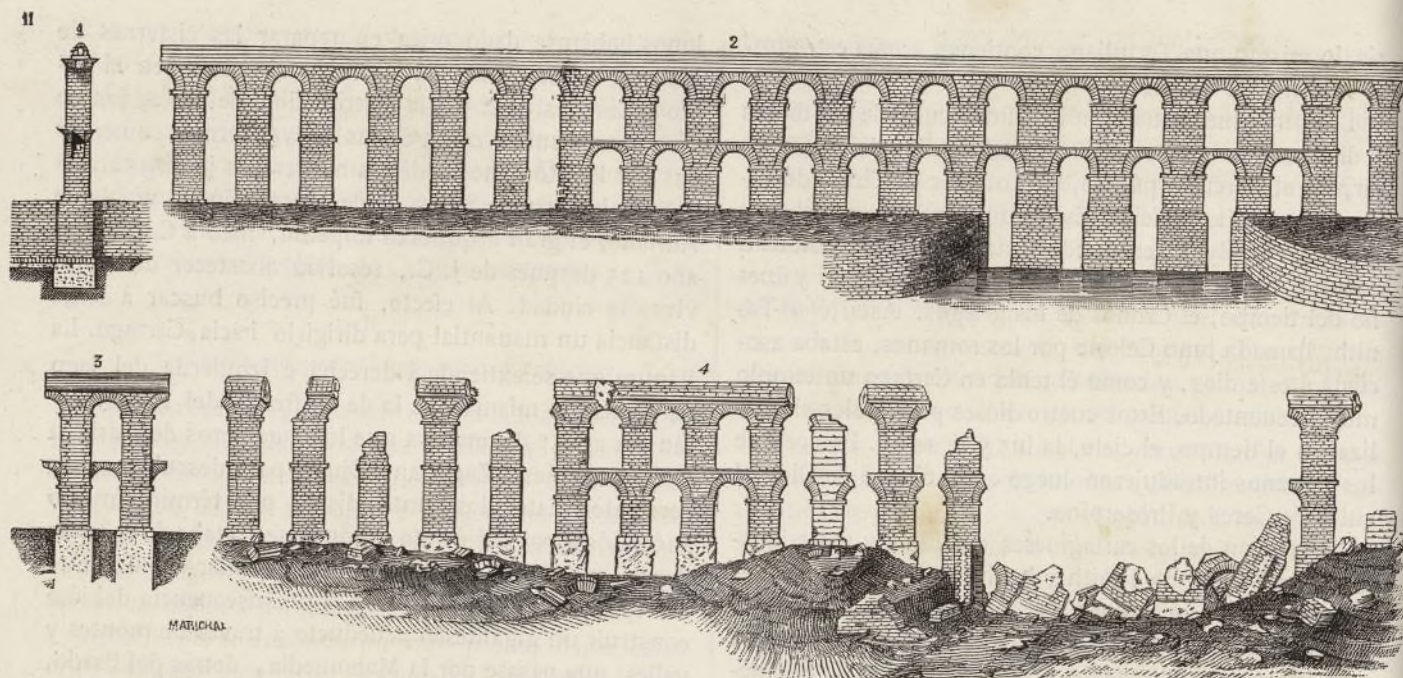
En un trayecto de 110 kilómetros el acueducto tenia una altura media de 35 metros. De Cartago á Ariana sólo restan de él algunas obras de mampostería compuestas de piedrecitas metidas en mucho cemento: las piedras grandes fueron quitadas para emplearlas en construcciones modernas: no obstante, la vista puede seguir aún fácilmente el trazado de aquel trabajo gigantesco cuyos restos vienen á tocar el lado Noroeste de Malka, en donde estuvieron en otro tiempo las cisternas que servian de vertiente. Encima del Bardo, á una hora de distancia y en el camino de Teburba se ve notable parte de los arcos del acueducto, en una extension de 700 á 800 metros: sólo el alejamiento ha protegido estas ruinas, que están á excesiva distancia de Túnez para que puedan proporcionar piedra á reducido coste.

Al acueducto de Adriano le ha cabido la suerte de todos los monumentos construidos en otro tiempo en la Byzacena y la Zeugitana. Reparado segun se supone bajo el emperador Séptimo Severo, fué destruido por Gelimar, rey de los vándalos, y reparado de nuevo por Belisario, enviado á Cartago por Justiniano. Más tarde los árabes lo cortaron al entrar en Túnez por vez primera, pero, considerándolo mejor, lo repararon. En la época de la cruzada de san Luis ya no pasaba agua por el acueducto, y como la ciudad de Túnez iba ensanchándose paulatinamente, sirvió de cantera á las construcciones públicas y privadas: así fué como esta obra gigantesca, que ocupó más de doce mil operarios á la vez, desapareció para siempre en el trecho que media entre Cartago y la llanura Oeste del Bardo.

El Sr. Gustavo Flanbert, en una novela que no me compete juzgar, pretende que el acueducto era obra cartaginesa, y con auxilio de este monumento escribió una de las páginas más fantásticas de su libro; pero en la época en que el novelista hace vivir á Matho transcur-

(1) En la inscripcion central del sarcófago debe leerse MANLIUS QUARTINUS SORORII, en vez de MANLIUS QUARINUS SORORII. (Pág. 45).





CARTAGO.—Antiguo acueducto. Paso del Ued-Mebian. (Pág. 47).  
Seccion.—2. Elevacion restaurada.—3. Interior de las Pilas.—4. Estado actual.

rieron aún cuatro siglos antes de que se emprendiese aquella obra. Por lo demás es ocioso, despues de las sábias investigaciones de Dureau de la Malle, detenerse en demostrar que fué construido por los romanos y no por los cartagineses.

El historiador árabe Abu-Obaid-el-Bekri, el geógrafo Ibn-el-Vardi y Edrisi hablan del acueducto de Cartago, y describen sus arcos, trayecto, origen, etc. Mármol dice que en tiempo de Carlos V sólo se veían de él algunas ruinas, cuya reparacion algunos atribuyen equivocadamente al Rey de España: existe en esto confusion con el acueducto construido en 1536 por los españoles entre un fuerte de Túnez y las colinas del Bardo.

En tiempo de Stanley y de Shaw había aún algunos arcos en Ariana; pero despues la obra de destruccion ha marchado rápidamente, llegándose al extremo de que en nuestros días los indígenas, para limpiar sus campos, hacen desaparecer hasta los vestigios de esta obra titánica.

Cuando Escipion Emiliano tomó á Cartago (146 antes de J. C.) destruyó las murallas, las fortificaciones y los puertos; pero respetó los templos, que fueron incendiados por los cartagineses. Más tarde los romanos los reconstruyeron, y muchos fueron convertidos en basílicas cristianas en los siglos III y IV. Los vencedores añadieron junto á estas restauraciones, además del acueducto, otros nuevos edificios, tales como el arco, el teatro, el anfiteatro, etc.

Las ruinas de este último monumento pueden verse frente de Malka, contiguo á la estacion del ferrocarril llamado de Cartago. Ya no resta sino una excavacion elíptica bastante profunda de unos 90 metros de ancho, y en cuyos bordes se ven todavía piedras muy grandes procedentes del desmoronamiento de la muralla. Allí es donde las santas Felicitas y Perpétua fueron martirizadas el 7 de Marzo del año 203.

El circo, situado junto á la poblacion árabe llamada Duar Ecchot, no fué testigo de martirio alguno. Tenia 675 metros de largo por 90 de ancho; su forma puede reconocerse con suma facilidad.

Del teatro nada tengo que decir aquí. Estaba cerca de la cisterna, á orillas del mar. Apuleyo nos conservó de él una magnífica descripcion.

Del gran número de termas que se construyeron en Cartago sólo restan las de Gargilio. San Agustin la coloca en medio de la ciudad, y añade que era un vasto edificio en donde el año 411 se celebró el segundo concilio provincial llamado á juzgar la querrela de los donatistas.

Tal es la descripcion sumaria de los edificios y lugares notables de Cartago púnica y romana. Ella podrá servir al lector para orientarse más fácilmente cuando, en el curso del relato, tenga que hablar del foro, del anfiteatro, etc.

## NECROLOGÍA.

**Jaffna** (Ceylan).—El día de Viernes Santo del año anterior, á las dos y media de la tarde, falleció el P. Emilio Thirion, joven misionero, natura de Bevezin, diócesis de Nancy, donde había nacido en 2 de Octubre de 1855. Hizo sus estudios en el pequeño seminario de Pont-a-Mousson, y en Octubre de 1876 entró en el noviciado de los Oblatos de María Inmaculada en Nancy, deseoso de consagrarse á las Misiones lejanas.

Allí se desarrollaron el celo y las virtudes apostólicas que en su alma se habían despertado en el pequeño seminario. Aunque atacado ya desde entonces del mal que más tarde debía hacerle sucumbir, viósele soportar sus sufrimientos con una paciencia y serenidad siempre constantes.

El día 24 de Agosto de 1880 el P. Thirion recibió la ordenacion sacerdotal de manos del Ilmo. Bonjean, vicario apostólico de Jaffna y su futuro superior; y algunas semanas despues se embareaba en Marsella con la numerosa caravana que dicho Prelado conducía á Ceylan.

Presas de una enfermedad que fué un largo y doloroso martirio, el P. Thirion mostró valor y resignacion inalterables; pudiendo todos conjeturar lo que hubiera sido como misionero, si la Providencia le hubiese concedido larga vida. Pero Dios se complugó en cogerlo como fruto ya maduro para el cielo, y lo llamó á sí el día y casi á la hora en que la Iglesia llora la muerte del Salvador en la cruz.